

CELCIT. Dramática Latinoamericana 388

AEROPUERTO

Gino Luque Bedregal

Personajes: M (10) / F (6)

Marco

Ayumi

Sebastián

Vincent

Ferran

Mireia

Jaroslav

Hannah

Daisy Antoinette

Spider Juan

Cristina

Chica del counter

Joven ejecutivo

Freddie Mercury

Agente 1

Agente 2

Escena 1

Escenario vacío. Silencio. Por el lado derecho, ingresa una fila de carritos portaequipaje enganchados. La fila es tan desproporcionadamente larga que su extensión total no cabe dentro del escenario, por lo que la cadena de carritos lo atraviesa en su totalidad y aún no aparece la persona que los empuja desde el otro extremo. Transcurrido un considerable lapso de tiempo, aparece un pequeño carro montacargas a motor, el cual empuja la fila de carritos porta equipajes que ha estado transitando por el escenario. Es conducido, de forma rutinaria, por un operario de origen árabe.

Conforme termina de pasar el carrito montacargas, nos damos cuenta de que el espacio representa un pasillo inmenso de un aeropuerto, de proporciones tan descomunales que casi puede confundirse con un hall. Centenares, si no millares, de pasajeros circulan de un lado hacia otro sin siquiera establecer contacto

visual. Pueden atravesar la escena cualquiera de los personajes de la obra (si es que no la totalidad de ellos). Entre todo el grupo de gente, se distingue a Ayumi, de entre 20 y 25 años, y de origen japonés, quien va jalando una moderna maleta de mano. Su apariencia es de un orden y cuidado esmeradamente meticulosos, por no decir lindantes con lo aséptico. Todo parece resultarle novedoso, aunque disimula bastante bien su sorpresa. Entre la gente, también se distingue a Marco, que tiene entre 30 y 35 años, quien también arrastra una maleta de mano o, a lo mejor, solo carga una mochila, aunque, en realidad, solo simula comportarse como todos en el aeropuerto, porque, a pesar de que pretende verse urgido por llegar a alguna parte, espera no llegar nunca a ningún lugar (o, al menos, no a este). Tras divagar un rato, fingiendo no estar haciéndolo, divisa a Ayumi mirando una pantalla. Se le acerca de la manera más casual y natural posible. Cruzan miradas. Ayumi, cortésmente, sonríe.

Marco: Hola.

Ayumi vuelve a sonreír.

Marco: ¿Hablas español? (Breve pausa) ¿Estás perdida? ¿Qué estás buscando? (Breve pausa) ¿Te puedo ayudar? (Breve pausa) Perdona, ¿hablas español?

Ayumi sonríe.

Marco: Asumo que no, ¿verdad? (Con inocultable pésima pronunciación) Do you speak English? (Ayumi sonríe) What's your name? Where are you from? How old are you? What's your favorite color? Do you like apples? (Breve pausa) No sé más preguntas en inglés. En alemán, sí. ¿Hablas alemán? Sprechen Sie Deutsch? Porque si es así, podemos hablar en alemán.

Ayumi: English, please.

Marco: No. Lo lamento. English no. Estudié en un colegio alemán. English recién en high school. No fue suficiente. Aber ich kann Deutsch sprechen ziemlich gut. ¿Nada? Digo que puedo hablar alemán bastante bien... Aunque creo que eso no me servirá de nada en este momento. (Ayumi sonríe) ¿Entiendes español? ¿Un poquito aunque sea? Español tampoco, ¿no? Te ríes de mí simplemente, no de lo que digo.

Ayumi sonríe.

Voz en off: Por su propio interés, rogamos mantengan sus pertenencias controladas en todo momento. To all passengers, please, do not leave luggage unattended.

Marco: ¿Entiendes lo que sale en la pantalla? Te lo puedo traducir. No es molestia... En serio, te puedo ayudar... Ayudar... Ayudar... Brauchen Sie Hilfe? (Breve pausa) Perdón... quisiera decir: Do you want some help? Help. Help? Help. (Empieza a cantar el coro de Help!, de los Beatles. Ayumi sonríe). Sigues sin entenderme, ¿no? (Breve pausa) ¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres? (Breve pausa) Porque sería alucinante que fueras de Vietnam. Por las películas sobre la guerra y porque ahí hacen las zapatillas Nike. ¿O eres japonesa? ¿Sabes preparar sashimi? ¿Y haces origami? No entiendes nada de lo que digo, ¿no?

Ayumi sonríe.

Voz en off: Pasajeros del vuelo KL 2673 con destino a Ámsterdam, embarquen por la puerta número seis [...].

Marco: ¿A dónde quieres ir? A lo mejor, te puedo guiar.
Ayumi: Hablo poco español. Tengo traductor (Saca de su abrigo un traductor electrónico)
Marco: Un traductor electrónico. Debí suponerlo. Me llamo Marco.
Ayumi: Mucho gusto, Marco. Mi nombre es Ayumi.
Marco: (Amablemente) ¿Cómo?
Ayumi: Ayumi.
Marco: ¿Ayumi? ¿Eso es japonés?
Ayumi: Sí... De Japón.
Marco: ¿Y haces origami? (Ayumi sonríe). ¿Estás segura de que no necesitas ayuda? Ayuda. Hilfe. Help. Creo que ya pasamos por esto y no nos condujo a nada. (Breve pausa) ¿Hacia dónde te diriges? No vaya a ser que te pierdas. Yo imagino que el aeropuerto de Tokio debe ser inmenso, y este probablemente te parezca ridículo, pero aquí las cosas funcionan un poco diferente. (Breve pausa) ¿A dónde vas? (Ayumi señala algo en la pantalla del monitor) Yo también. Vamos para allá, entonces.

Marco empieza a caminar. Ayumi no se mueve. Marco voltea a llamarla. Ayumi le hace una reverencia de adiós. Marco hace una reverencia devolviendo el gesto y la llama con un gesto, pero Ayumi no entiende, así que vuelve a hacer una reverencia de despedida y permanece mirando la pantalla. Escribe algo en su traductor, vuelve a mirar la pantalla y se marcha del lugar. Tras dudar unos instantes, Marco sale rápidamente tras ella.

Escena 2

En el medio del escenario, se observa una fila de asientos semejantes a los que se encuentran en las salas de embarque de un aeropuerto. Sentados en estos, dejando un sitio libre, están Sebastián y Vincent. La apariencia física de Sebastián, quien tiene entre 18 y 20 años, revela que ha tenido recientemente un accidente (puntos en el rostro, algunos moretones o hinchazón en la cara, un vendaje, etc.). Vincent, quien tiene alrededor de 45 años, lleva anteojos de sol estilo de aviador (preferentemente, con cristales verdes o marrones), un bigote ligeramente curvado hacia abajo (toscamente postizo) y una peluca presumiblemente inspirada en el vídeo de la canción "Sabotage", de BeastieBoys (también torpemente falsa). Viste, además, un buzo que le queda, al menos, una talla grande y que le sienta peor aún debido a su complexión poco atlética. Sebastián tiene a su lado una maleta de mano y una mochila a punto de estallar por la cantidad de cosas que les ha colocado dentro. Vincent, en cambio, solo tiene una maleta de mano un tanto pequeña, de apariencia ligera y bastante nueva. Los dos miran al frente, indiferentes al otro. De pronto, Sebastián empieza a buscar algo en los bolsillos de su mochila. Sus gestos evidencian que le resulta bastante complicado encontrar aquello que pretende hallar.

Voz en off: Por su propio interés, rogamos mantengan sus pertenencias controladas en todo momento. To all passengers, please, do not leave luggage unattended.

Finalmente, Sebastián saca un iPod de la mochila. El cable de los auriculares está terriblemente enredado. Desanudarlo le resulta una tarea sumamente difícil y agotadora. Intenta disimular su estrés. Se apura. Empeora el problema. Pretende convencerse de que tiene todo bajo control; es en vano. Pierde la paciencia. Tras prolongados esfuerzos, con visibles señales de agitación física, consigue desenredar el cable. Se coloca, aliviado, los auriculares. Enciende el reproductor de música. Está descargado. Rápidamente, finge, sin sobreactuar demasiado, buscar una canción, encontrarla y ponerse a escucharla. Vincent ha permanecido con la mirada perdida en el horizonte. Hay algo entre agotado, misterioso y melancólico en su apariencia.

Por detrás, pasan Ferrán y Mireia. Él empuja un carrito portaequipajes con un par de maletas de mano, un maletín con motivos infantiles y un cochecito de bebé plegado. Ella carga un bebé de menos de un año de edad. No se hablan ni se miran. Su lenguaje corporal denota tensión e ira contenidas. En dirección contraria, de forma despreocupada, casi dispersa, entra Jaroslav, quien tiene entre 25 y 30 años, y es de algún país de Europa del Este. Lleva un abrigo de piel bastante gastado y un traje negro no menos viejo. Tiene un peinado inspirado en Elvis Presley, pero más exagerado, y unos zapatos negros con una punta igualmente exagerada. Usa argollas en las dos orejas. Carga consigo una maleta que contiene un bajo. Se sienta en el asiento libre que hay entre Sebastián y Vincent. Su mirada es desolada, casi de desamparo, pero, al mismo tiempo, posee una expresión salvaje.

Silencio.

Jaroslav: El máquina de café debería tener opción de café tibio. (Breve pausa) Pienso que máquina de café habría de tener botón para elegir café tibio.

Sebastián y Vincent se percatan de que Jaroslav está hablando. Se sienten comprometidos a mostrarse interesados o, por lo menos, sienten el deber de parecer, si no amables, siquiera no hostiles.

Jaroslav: Sranje. Prokletstvokave. To je glupozajebavatisavru? ekave. Wada fock. Fucking coffee machine. (Hacia Sebastián y Vincent) English? English? Do you speak English?

Sebastián: Sí. Sí. Perdón, quise decir: Yes, of course. (Breve pausa) En realidad, not so much. O, mejordicho, not very well. (Breve pausa) I mean, yes.

Jaroslav: Sure?

Sebastián: Yes, I do.

Jaroslav: Holy shit. At least, someone who speaks English. (A Vincent) English?

Vincent: (Con un correctísimo acento británico) If you don't mind, I would prefer not to speak English.

Jaroslav: ¿Españolo?

Vincent, desanimando, asiente. Silencio.

Jaroslav: (Hablando en un volumen más alto de lo normal) El máquina de café debería tener opción de café tibio.

Vincent: Sí, sí, eso ya lo dijo. No hace falta gritar.

Sebastián: Sí, se le entiende bastante bien. No se preocupe. Su castellano no está nada mal. (Breve pausa) We understand you verywell.

Jaroslav, con gestos, explica que habla en volumen alto porque Sebastián tiene puestos los auriculares. Este no entiende. Vincent aclara el mensaje con más mímica, y remata con un gesto que sugiere que la situación es bastante obvia y que Sebastián es un incompetente por no entenderla. Sebastián capta el mensaje, duda y, luego, se saca los auriculares y simula apagar el iPod.

Jaroslav: El máquina de café debería tener opción de café tibio. Café imposible de beber mucho caliente. Habría de haber un botón más: café tibio.

Sebastián: O leche tibia. Para el café con leche. O para el cortado.

Jaroslav: Leche tibia sería máquina gourmet. Suficiente con café tibio.

Sebastián: A mí, una vez no me cayó el vaso: solo la cucharita y el café con leche.

Vincent: En una ocasión, pedí té y me vino con hormigas.

Sebastián: Pero, en otros países, sí existe la opción. Es más, hay países en los que solo te sirven café tibio y, si quieres que te vendan café caliente, debes llevar una carta notarial en la que declaras, expresamente y bajo juramento, que te responsabilizas de los daños y lesiones que te pueda ocasionar beber café caliente.

Vincent: ¿En qué países?

Sebastián: En otros. (Breve pausa) Otros.

Jaroslav: No en este.

Sebastián: No, en este no.

Jaroslav: Fuck.

Sebastián: (Tras una pausa) ¿Y pudo beber café?

Jaroslav: No. Too much hot.

Sebastián: And why you didn't add some cold water to your coffee.

Jaroslav: Más agua al café es demasiada agua para el café. Disgusting.

Sebastián: Claro, tiene razón.

Jaroslav: Bebida demasiado caliente burn the tongue. Luego, problemas para hablar. Lengua con anestesia todo el día. Fucking disaster. Vikraj gore izradubudaleodsebenapozornici. Svesranje. Ukupnosranjesamozaloškavu.

Sebastián: Claro, tiene razón.

Vincent: Compre un vaso extra y lo enfría pasándolo de uno a otro.

Jaroslav: No entender.

Vincent: Compre un vaso extra y lo enfría pasándolo de uno a otro.
Jaroslav: No.
Vincent: ¿No qué?
Jaroslav: No entender. No entender el que dice.

Sebastián, didácticamente, hace la mímica de la acción descrita por Vincent. Jaroslav no entiende. Sebastián repite la acción de forma más exagerada aún. Jaroslav mira a Vincent buscando comprender qué es lo que pretende hacer Sebastián. Vincent, con gestos, sugiere que lo más conveniente es ignorarlo. Jaroslav le hace creer a Sebastián que todo ha quedado esclarecido. Este sonríe satisfecho.

Voz en off: Pasajeros del vuelo KL 2673 con destino a Ámsterdam, embarquen por la puerta número seis. To all passengers of the flight KL 2673 to Amsterdam, please board by the gate number six.

Los tres sacan sus tarjetas de embarque y cada uno revisa la información contenida en ella. Las vuelven a guardar y retoman su actitud indiferente. Breve pausa.

Jaroslav: ¿Dijeron Bratislava?
Sebastián: Ehhh... No. Más bien, dijeron Ámsterdam. ¿Usted va a Bratislava?
Jaroslav: No. Vamos a Buenos Aires. Y de ahí, en bus, parando en cada pueblo, hasta Bolivia. Estamos de gira. El resto de la banda está ahora en duty free comprando cigarrillos, alcohol y algún llavero en forma de vicunia.
Sebastián: No sabía que había salidas a Bratislava desde aquí.
Vincent: No hay salidas a Bratislava. Se puede ir a Praga y, desde ahí, se puede llegar a Bratislava en tren o autobús.
Sebastián: (Tras breve pausa) ¿Usted va a Praga?
Vincent: No. Lo leí en una guía de viajes. Yo voy a Brujas. Tomaré un tren para allá en Bruselas.
Sebastián: Yo voy a... yo no quería viajar.

Por detrás del lugar donde están sentados, pasa un escuadrón de SWAT, con cascos, trajes de operaciones especiales, armas de alto calibre y una brigada canina. Los personajes se mantienen en su misma actitud abstraída y desanimada.

Jaroslav: Voy duty free a comprar wodka y encendedor. ¿Habrá en forma de vicunia?
Vincent: No me extrañaría.
Jaroslav: Awesome. Vicunia incandescente. (Breve pausa) ¿Puedo dejar encargado a ustedes mi bajo?
Vincent: Conmigo no.
Jaroslav: Es muy molesto entrar duty free con bajo.
Sebastián: Ehhh... Bueno... Si no tarda demasiado, no creo que sea problema.

Jaroslav: Jaroslav.
Sebastián: De nada. No se preocupe.
Jaroslav: Jaroslav ser mi nombre. Por si necesitan llamarme por altoparlante.
(Extendiendo la mano a Sebastián) Jaroslav.
Sebastián: (Estrechándole la mano) Sebastián.
Jaroslav: (Extendiéndole la mano a Vincent) Jaroslav.
Vincent: (Tras dudar unos instantes, le estrecha la mano y dice no muy convencido) Vincent.
Jaroslav: Ya regresar.
Sebastián: No se preocupe. Vaya a comprar... lo que sea que necesite.
Jaroslav: Hvalavam. Vidimo se kasnije.

Jaroslav sale de escena. Sebastián y Vincent miran el instrumento que ha quedado sobre el asiento que los separa. Vuelven a mirar al frente y retoman su actitud melancólica y distante.

Voz en off: Última llamada. Pasajeros del vuelo LH 1956 con destino a Múnich, abordar por la puerta veintidós. Last call. To all passengers of the flight LH 1956 to Munich, please board by the gate number twenty two.

Ambos sacan sus tarjetas de embarque, las revisan, las guardan y retoman su actitud indiferente. En ese instante, por delante, pasa un hombre joven, con aspecto de ejecutivo. Con una mano, arrastra un ligero maletín y, con la otra, revisa su Blackberry. Se mueve como si conociera el espacio de memoria. El lugar no le despierta ninguna emoción. Camina concentrado en lo que hace, con total indiferencia hacia lo que le rodea. En dirección contraria, pasa una familia corriendo alborotada con sus carritos portaequipajes y numerosos paquetes (un equipo de esquí, por ejemplo, o un enorme lienzo envuelto en telas). El hijo adolescente va unos pasos adelantado y camina de espaldas grabando toda la experiencia. Su entusiasmo no disminuye a pesar de que es incapaz de sortear todos los obstáculos que salen a su paso y debe hacer malabares para no tropezar. Sorprendentemente, no se estrellan.

Sebastián: Eh... Vincent. (Vincent no responde) ¿Vincent? (Vincent no responde) Perdón... Vincent. ¿Vincent, no es cierto?
Vincent: (Tomando consciencia de que se dirigen a él) ¿Sí?
Sebastián: ¿Qué deporte practica?
Vincent: ¿Qué?
Sebastián: Deporte. ¿Qué deporte?
Vincent: (Entendiendo que la pregunta se debe a su atuendo) Ah... ¿Deporte? (Dubitativo) Fútbol... Sí, fútbol. (Breve pausa) Entreno. Soy entrenador.
Sebastián: (Entusiasmado) Yo también juego fútbol. Por el equipo de la universidad.
Vincent: Ah, qué bien. (Sonrisa de compromiso con la que pretende cortar la conversación)

Breve pausa.

Sebastián: Profe, ¿qué opina de jugar con un solo hombre en punta? Mi entrenador quiere probar ese sistema, pero no creo que sea necesario tomar tantas precauciones. ¿Usted qué sistema utiliza en su equipo?

Vincent: (Dudando) Depende. (Breve pausa) Varios. (Breve pausa) Depende del equipo. Y del rival...

Sebastián: Pero en su actual equipo, ¿qué sistema está empleando?

Vincent: ¿En mi actual equipo? (Breve pausa) Alternamos.

Sebastián: ¿Juega con línea de tres al fondo?

Vincent: (Sin convicción) Eh... sí... Y con más de un hombre en punta. Sí. Pero depende del partido... Y de la capacidad de los chicos.

Sebastián: Sí, por supuesto. No había considerado ese factor: la capacidad.

Porque, pensándolo con calma, poner tres al fondo es complicado: hay que tener laterales muy completos, y stoppers veloces y, de preferencia, altos. Sí, sí, tiene razón. No lo había pensado antes: la capacidad.

Vincent: Me alegra que haya quedado claro.

Pausa.

Sebastián: Profe, sabe, justo había vuelto a entrenar. Pero nada con el balón. Solo fisioterapia y trotes alrededor del campo, por el tipo de lesión que tuve. Aunque ahora ni eso, por el viaje. Y no creo que allá me acepte ningún equipo en el estado en el que estoy. Bueno, tampoco sé si ponerme a jugar sea lo más conveniente. ¿Pero hasta cuándo sería prudente esperar? (Breve pausa) No me siento seguro. No soy bueno para los cambios drásticos. Me cuesta adaptarme... a cualquier cambio, por minúsculo que sea. Y, en este caso... El idioma, por ejemplo. Casi ni lo sé. ¿Pero con quién iba a practicarlo? Y tendré que aprender los nombres de las calles y las formas de cortesía y qué ropa usar para disimular que no soy de ahí. (Breve pausa) No he hablado de esto con nadie. Intenté hacerlo con Santiago, pero no sé si sería capaz de entenderlo. Temí que fuera a ser, como casi siempre con Santiago, una pérdida de tiempo. Y no tuve valor para contárselo a Silvio. Y eso que conversamos casi de todo. Pero tampoco me imagino hablando de esto con él. En realidad, aunque no quiero que sea así, y créame que me esfuerzo terriblemente para que no sea así, solo hablo trivialidades con Silvio. (Pausa) Santiago todavía no puede volver a entrenar. Y Silvio... no... no creo que pueda volver a entrenar... nunca. (Breve pausa) Tengo hambre. No he comido nada por temor a que me dé náuseas en el avión, pero me voy a desmayar. Pensaré que son solo paranoias.

Sebastián empieza a buscar algo en su mochila. Por delante, pasan Marco y Ayumi.

Marco: (A Ayumi) Entonces, ¿entiendes inglés? El problema soy yo; no me entiendes a mí hablando inglés. (Breve pausa) Intentaré hablar más despacio y

con más mímica para que me puedas seguir. ¿De acuerdo? (Breve pausa) ¿De acuerdo?

Salen por el lado opuesto del escenario. Sebastián ha continuado buscando algo en su mochila. La operación parece resultarle sumamente complicada. Saca un libro. Mientras habla, sigue buscando dentro de la mochila.

Sebastián: En la clase de literatura, nos han mandado a leer este libro. Aburridísimo. Y después tengo que escribir un ensayo. Bueno, ahora que lo pienso, ya no. (Vincent, harto del desorden que está generando Sebastián, le alcanza una barra de chocolate que lleva en algún bolsillo de la casaca. Sebastián detiene su búsqueda y empieza a comer.) Siempre me quejo pero, al final, cumplo con todo: leeré el libro, que seguramente no es tan aburrido; obtendré notas sobresalientes, aunque no me entusiasme; y volveré al primer equipo, y nadie me volverá a sentar en la banca nunca más. Y Santiago también volverá y Silvio... Silvio... Bueno, con las lesiones, nunca se sabe. Yo mismo no lo tenía claro. Nadie lo presionará. Incluso nadie pensará mal si decide tomarse un descanso. Además, en el último partido, lo expulsaron y lo suspenderán unas cuantas fechas, así que, de todos modos, tendrá un tiempo adicional para pensar mejor las cosas.

Voz en off: El propietario de una maleta de color naranja dejada en la zona de embarque C, por favor, acérquese a la puerta número veinte a recogerla. The owner of an orange suitcase left in the boarding zone C, please, address to the gate number twenty to pick it up.

Sebastián: No fue muy agradable. La expulsión de Silvio. Yo no lo juzgo. A nadie le gusta hacer el trabajo sucio, pero alguien tiene que poner la pierna fuerte. Es por el bien del equipo. No se pueden regalar espacios, y menos en esa clase de partidos. Hay que pelearlas todas. Todos se escandalizaron, como si nunca le hubieran entrado con fuerza a alguien por detrás. Hipócritas. Aunque, claro, esa vez... Yo no diré que hubo mala intención... Pero, bueno, me pareció, cómo decirlo... En fin, ¿quién soy yo para decidir si se le fue o no la mano en esa jugada? Y ese día yo estaba en la banca, así que es irresponsable opinar. (Pausa)

Vincent saca de un bolsillo de su maleta una revista de un tema inapropiado y, sin quitarse los lentes de sol, se pone a leerla como señal de que, para él, la conversación ha terminado. Sin embargo, Sebastián o es inmune al rechazo o desconoce los principios básicos de la comunicación interpersonal, por lo que insiste en hablarle.

Voz en off: El propietario de una maleta de color naranja dejada en la zona de embarque C, por favor, con carácter de urgencia, acérquese a la puerta número veinte a recogerla. The owner of an orange suitcase left in the boarding zone C, please, urgently, address to the gate number twenty to pick it up.

Sebastián: ¿Sabe? Todos me hablan de seguir para adelante, de superar todo aquello... como si uno pudiera reinventarse porque se le ocurre, o decidir qué recordar y qué olvidar. No es así de sencillo. Incluso los papás de Silvio me han insinuado que quizá sea mejor para mí dejar de visitarlo cada tarde en la clínica. Como si uno pudiera elegir. (Breve pausa) Aunque quizá sí que es un asunto de decidir hacer o dejar de hacer, pero sin la trascendencia que pensábamos que tenían esos asuntos, sin darle tanta importancia a las cosas. (Breve pausa) ¿No le parece?

Vincent: ¿Qué?

Sebastián: ¿No le parece?

Vincent: ¿Qué se supone que debo responder?

Sebastián: ¿Qué le parece?

Vincent: (Dubitativo) Bien... supongo.

Sebastián: Es bastante obvio, ¿no? Pero es que nadie te lo dice. Yo se lo quise explicar a Silvio, pero no me atreví. No fui claro. No sé por qué. Se lo planteé de una manera ambigua... Y yo no tengo cómo saber si Silvio entendió lo que le quise insinuar o si entiende lo que le digo cuando le hablo cada tarde o si entiende algo de lo que cualquiera le dice... O si escucha siquiera. Debí decirle: no tenemos por qué seguir atrapados en esa noche; no tienes que atormentarte porque le rompiste la pierna a ese chico. Y yo nunca lo juzgué por ello. Y eso es independiente de que yo haya estado en la banca cuando el entrenador se lo pidió. Porque yo escuché cuando lo hizo. Y Silvio nunca dudó. Simplemente, reventó al muchacho. Pero luego quedó destrozado. Porque no es lo mismo cuando esas jugadas ocurren de modo espontáneo que cuando son deliberadas. Y eso yo no tengo por qué explicárselo a usted, profe. Pero usted seguramente no piensa en qué pasa con nosotros después del partido. Porque yo no creo que usted no lo sepa o que no se imagine cómo nos destruye la culpa. Es solo desconsideración de su parte, profe. Usted se desentiende del asunto una vez que suena el pitazo final. Lo que sea que haga con su vida cuando no está con el buzo puesto evita que le remuerda la conciencia y, claro, siempre es más fácil cuando uno no es el que tiene que cometer la falta. Usted sigue como si nada. A uno le dicen haz marcación en zona, o bloquea la salida, o pateas de lejos, o pon la pierna fuerte, o dale por detrás o haz mierda a ese huevón para que no vuelva a jugar en toda su puta vida. Pero nadie te explica qué hacer después. Nadie. ¿Y qué se puede hacer después, profe? ¿Qué? Por eso, fuimos a tomar esa noche. Porque habíamos clasificado, porque Silvio necesitaba sacarse de la cabeza la jugada de la expulsión, o la imagen del chico retorciéndose en el suelo, o quién sabe si el sonido del hueso al quebrarse, y también porque yo estaba furioso por haberme pasado todo el partido sentado en la banca como un imbécil. ¿Me sigue o no, profe? ¿Se da cuenta de cómo todo cobra sentido? ¿Me sigue o no? ¿Me sigue? (Vincent toma a Sebastián por los hombros, intentando frenar su descontrol, de tal manera que le produce un gran, intenso y prolongado dolor. Tras una larga pausa, lo suelta. Se fija que nadie haya visto lo ocurrido. Silencio) Silvio estaba demasiado ebrio. Santiago estaba inconsciente. Pero debíamos regresar a casa o se preocuparían por nosotros. Yo tenía que manejar. No había otra opción. Pero yo también había tomado bastante más de lo debido, y era de

noche, y yo no había manejado antes el carro de Silvio, y no hay un carro igual a otro, y los frenos estaban un poco largos. No puedo olvidar la sensación de no poder controlar el carro. Y no vi de dónde apareció esa chica al medio del camino. (Larga pausa) No lo resistió. Si hubiera estado conduciendo mi carro, la hubiera esquivado. Pero aquella noche conducía el carro de Silvio. Y todos sabían que Silvio le había roto la pierna deliberadamente a ese muchacho en el partido de la mañana, y que seguramente estaría perturbado por todo ello, y yo soy un buen estudiante, un tipo correcto, y Santiago estaba demasiado ebrio para recordar nada, y el carro quedó destrozado, y nosotros tirados por cualquier parte, y... Y no fue mi intención, como lo de Silvio con lo del chico al que le partió la pierna premeditadamente y que seguro ha dejado lisiado para siempre... Lo mío fue casual. No fue planeado. Pero cuando la gente asumió que era él quien manejaba aquella noche, yo preferí, bueno, yo preferí que lo siguieran creyendo. Y es que, después de todo, afrontémoslo, difícilmente podrá volver a jugar. Fue casi por el bien del equipo. (Pausa) Mis padres creyeron conveniente que me aleje un tiempo. No solo del fútbol, sino de aquí. Nadie puede cuestionar mi versión de los hechos, salvo quizá Silvio. Pero, en el fondo, aunque nadie se atreva a decirlo, nadie cree que despierte alguna vez. Ni yo. Y, si lo hace, difícilmente recordará algo de esa noche. Pero mis padres insisten en que es mejor que me vaya. Lejos. En silencio. Por seguridad. Por mi propio bienestar. Y que empiece una nueva vida, con otra identidad, y que, en la medida de lo posible, sea lo opuesto a lo que he sido hasta ahora. Sea otro. Debo verlo como la oportunidad de vivir una vida que nunca hubiera podido vivir si no se hubieran dado estas extrañas circunstancias.

Vincent: Piensa que lo que viviste y dejas en esta ciudad ha sido solo un ensayo de tu verdadera vida. Ahora, adonde sea que estés yendo, podrás ser lo que siempre quisiste o lo que nunca imaginaste. Sin el peso de tu pasado ni de tu nombre ni de las miradas ajenas. Levedad absoluta.

Sebastián: Ahora debo ser otro... aunque no quiera.

Larga pausa.

Vincent: Sebastián, tu amigo le rompió la pierna a otro chico en un partido de fútbol. ¿Y qué? Atropellaste a una chica y dejaste que creyeran que no fuiste tú. ¿Cuál es el problema con eso? No es gran cosa, si lo piensas con distancia. No puedes vivir sometido por la culpa. No estás aquí para entender por qué ocurren las cosas de determinada manera ni para juzgarte por ello. Pudo pasar de otra manera, sí, pero ocurrió de la manera en que ocurrió. Casi por azar. Y no tuviste nada que ver en cómo se resolvió todo finalmente. Y se acabó. No es un asunto que deba importarte más. (Breve pausa) Algunas veces, tendrás que ordenar que le rompan la pierna a un rival, y no necesariamente en el contexto de un partido de fútbol; y otras veces, tú mismo tendrás que encargarte de rompérsela o de pisarle el cráneo. Y tu consciencia deberá estar tranquila porque fue por el bien del equipo. Pero la gente, hipócrita, ingrata, intrigará a tu alrededor, murmurará a tus espaldas, se negará a reconocer que hiciste lo que ellos no se atrevían a hacer y que te estás exponiendo al escarnio por haberlos ayudado. Pero,

entonces, tampoco te debes desesperar. Simplemente, un día muy temprano por la mañana, saldrás de casa como quien va por el periódico, comprarás una maleta en un centro comercial, comprarás un atuendo deportivo como ensayo de nueva identidad, conducirás hasta el aeropuerto y comprarás un pasaje a Brujas. Y nunca más volverás. Y serás otro. Y te llamarás Vincent.

Silencio. Regresa Jaroslav con una bolsa del duty free en la mano. Se sienta entre Vincent y Sebastián. Saca de su abrigo una bolsa transparente sellada que contiene algunos frascos con líquidos y geles. De ella, extrae un pequeño frasco de vidrio de color marrón con un gotero. Se echa algunas gotas en la garganta.

Jaroslav: Es para inflamación de garganta. Para prevenir tos. ¿Alguno quiere probar? (Les ofrece el gotero) Es legal. Es como jugo de limón pero con antibiótico. Antes, en mi pueblo, solo usaba limón. Limón limpia. Bueno para la garganta y para los ojos. Madre de amigo en el colegio, después de jugar en piscina de su casa, nos exprimía en ojos de todos amiguitos medio limón. Dolor extremo, pero ojos quedaban blancos, limpios de cloro y puros. (Breve pausa) Pero estas gotas no ser indicadas para ojos. Solo garganta. ¿Seguro no quieren?

Sebastián y Vincent permanecen desolados mirando al frente. Jaroslav se aplica unas gotas más y guarda el frasco en un bolsillo de su abrigo. Mira al frente.

Voz en off: Alerta de evacuación. Por razones de seguridad, debido a la presencia de un objeto sospechoso encontrado en la zona de embarque C, se pide a todos los pasajeros y personal del aeropuerto despejar de forma ordenada el área. Por favor, sigan las instrucciones y colaboren en todo momento con los agentes de policía a cargo del operativo. De momento y hasta nuevo aviso, se cancelan todos los vuelos.

Sebastián, Vincent y Jaroslav permanecen sentados con la mirada cansada y perdida en el horizonte.

Jaroslav: (Sacando de la bolsa del duty free un encendedor, el cual prende) Conseguí vicunia incandescente.

La imagen de los tres inmóviles en medio del caos del aeropuerto con el encendedor de Jaroslav encendido permanece unos instantes. Breve apagón.

Escena 3

Se ve a Ayumi atravesar el escenario con dirección a algún punto determinado, pero, en el camino, encuentra un baño y decide entrar. Marco, con sigilo, la va siguiendo. Cuando Ayumi entra al lavabo, Marco se queda fuera fingiendo estar ocupado. El tiempo se prolonga y su falsa actividad se torna cada vez más insostenible. De pronto, aparecen dos agentes de seguridad, quienes vigilan con poco disimulo el sospechoso deambular de Marco. Uno de ellos dice unas cuantas

palabras ininteligibles por radio y, luego, ambos salen por el otro lado del escenario. Finalmente, Ayumi sale del baño y Marco fuerza un torpe encuentro casual.

Voz en off: [...] Last call. To all passengers of the flight LH 1956 to Munich, please board by the gate number twenty two.

Marco: Hey, Ayumi. Nos volvemos a encontrar. Qué casualidad. Te dije que íbamos para el mismo lado. Caminemos juntos, así no te perderás.

Caminan juntos. Pasan por delante de donde están sentados Mireia, Ferrán y Hannah.

Marco: ¿Y haces origami? Origami. Eso del papel doblado. Origami. Esa palabra está en japonés. No tienes que buscarla en tu traductor. Origami. Origami. No me entiendes otra vez, ¿no? (Ayumi sonríe). ¿Primera vez aquí? Te afectará el cambio de horario. ¿Qué hora es en este instante en Tokio? (Ayumi sonríe) ¿Vienes por turismo? ¿Negocios? ¿Intercambio? ¿Huyendo de la ley? (Ayumi sonríe) Yo estoy de regreso. O sea, soy de aquí, esta es mi ciudad, pero he estado varios años fuera. Quizá demasiados. Y ahora estoy volviendo. Como Ulises. ¿Sabes quién es Ulises? ¿Has leído La Odisea? ¿Te cuento de qué trata? Bueno, después de pelear diez años en la Guerra de Troya, Ulises decide regresar a su ciudad, Ítaca. Pero tarda otros diez años en poder volver porque, en el camino, debe enfrentar una serie de obstáculos que demoran su retorno. Entretanto, su hijo, Telémaco, sale a buscarlo y su esposa, Penélope, junto con su perro, Argos, lo esperan pacientemente. Es la historia de un retorno, de un regreso a casa. (Breve pausa) ¿Y alguien vendrá a buscarte? ¿O vas a tomar un taxi por tu cuenta? En ese caso, debes saber que aquí uno primero negocia el precio del servicio con el conductor y solo después se sube al carro. Es que no hay taxímetro. Y no aceptes el primer precio que te diga. Debes pedir una rebaja. Es una cuestión cultural. Y no te subas al auto si el chofer no te inspira confianza. Sé prejuiciosa. Lamentablemente, no estoy muy actualizado con las tarifas, así que no te puedo decir cuánto sería un precio justo hasta tu destino. En todo caso, tú, diga lo que te diga el chofer, pide rebaja. No te cohíbas. Es una cuestión cultural. (Ayumi sonríe) Y, Ayumi, cuando subas al taxi, nada de sacar la súper cámara de fotos para captar las primeras imágenes de la ciudad. No es aconsejable. Y, además, para ser sinceros, a la salida del aeropuerto no hay nada que fotografiar. De hecho, tal como yo la recuerdo, y francamente no creo que haya cambiado mucho, no es la parte más bonita de la ciudad. Hay mucho caos, y tráfico, y carteles de publicidad, y gente que cruza la calle por el medio de la pista, y fábricas, y están los rieles del tren, y los cobradores de combis dan de gritos. De hecho, la ciudad no recibe bien a sus visitantes ni a los que retornan a ella. (Ayumi sonríe) Pero, pasada esa parte... Bueno, después... En realidad, bastante después... La verdad es que después tampoco mejora mucho. Honestamente, Ayumi, viniendo de Japón, no te garantizo que te guste la ciudad. Si vinieras de Saigón, quizá te gustaría, pero ya que eres de Japón... no lo creo.

(Breve pausa) Exagero, Ayumi. La ciudad no está mal. Es toda una capital, con condominios de lujo, centros comerciales y casco histórico. En decadencia y tugurizado, pero casco histórico al fin y al cabo. En todo caso, más allá de la zona que está alrededor del aeropuerto, hay bastante material para fotografiar. Más aún si te interesa la fotografía documental o si quieres testimoniar cómo hemos destruido una ciudad que podría haber sido tantas cosas que ya no podrá ser. (Breve pausa) En fin, como te decía, la ciudad es tremendamente caótica, pero supongo que ya estarás aburrida del orden. Y no se puede ir caminando a ningún lado, porque las distancias son enormes y, además, te pueden asaltar. Míralo como una aventura. Y el cielo es gris. Siempre. Hay una humedad brutal, pero nunca llueve. Hay gente que muere y nunca ha conocido qué es la lluvia. El cielo está siempre nublado pero nunca lloverá. Solo es gris. Perpetuamente. Por eso, es imposible no sentirse melancólico. (Breve pausa) Entonces, todo es súper desordenado, informal y el cielo es gris. (Breve pausa) Hay gente que encuentra esta combinación fascinante. Yo no.

Por un lado del escenario, entra Jaroslav.

Jaroslav: Perdonen, ¿saben dónde es duty free?
 Marco: ¿El duty free? Emm...
 Ayumi: ¿Duty free?
 Jaroslav: ¿English?
 Marco: No. English no. Sorry. No English. Deutsch?
 Jaroslav: Njema?kinejebenifašista.
 Marco: WerriefdicheinFaschist?
 Jaroslav: Fucking nazi.
 Ayumi: I think that it is in the opposite direction. In any case, there's an information point at the end of the hallway.
 Jaroslav: Arigatougozaimasu. Yoitabi o.
 Ayumi: Arigatougozaimasu. Ki wotsukete.

Los dos sonríen. Jaroslav se va en la dirección que Ayumi le ha indicado. Marco queda ligeramente perplejo. Se recompone mientras continúan caminando. Pasan por delante de donde están sentados Vincent y Sebastián.

Marco: Entonces, ¿entiendes inglés? El problema soy yo; no me entiendes a mí hablando inglés. (Breve pausa) Intentaré hablar más despacio y con más mímica. ¿De acuerdo? (Breve pausa) ¿De acuerdo?

Ayumi deduce que Marco espera una respuesta de su parte: sonríe. Siguen caminando.

Marco: Ayumi, creo que nunca me llegaste a decir hacia dónde ibas exactamente. Si no me lo dices, no puedo saber si te estoy guiando correctamente. (Breve pausa) ¿A dónde quieres ir, entonces? (Breve pausa)

Bueno, supongo que a la salida, ¿no? (Breve pausa) Entonces, a la salida. (Ayumi sonríe) Como te decía, la ciudad no es bonita [...].

Marco y Ayumi continúan su camino y salen de escena, sin interrumpir su conversación.

Escena 4

Sala de embarque de un aeropuerto. Ferrán y Mireia, de más o menos 40 años de edad, están sentados uno al lado del otro. Al lado de ella, hay un cochecito de bebé, donde duerme Arnau, de menos de un año de nacido. Al lado de Ferrán, hay un carrito portaequipaje con maletas de mano y un maletín con motivos infantiles. A pesar de que todo indicaría que parten hacia un postergado viaje de vacaciones, no se los ve felices ni relajados. Parece haber algo que enrarece la imagen que deberían proyectar.

Dos asientos más allá de donde está sentada la pareja, se encuentra Hannah, de alrededor de 25 años y de origen alemán. Tiene a su lado una mochila y un violín. Hace anotaciones en un pentagrama. Intenta componer una melodía. Los espectadores asistimos a los ensayos que ocurren en su cabeza, donde no faltan conmovedores aciertos y estrepitosos desaciertos. Ocasionalmente, se deja de oír la melodía que se va gestando en su cabeza, precisamente en los momentos en que ella detiene su proceso creativo, y escuchamos fragmentos de la conversación entre Ferrán y Mireia. El resto del tiempo oímos la composición de Hannah y vemos gesticular, sin audio, a la pareja de esposos.

Por el momento, escuchamos la melodía que viene componiendo Hannah. Mireia lee una guía de viajes y Ferrán, inquieto, no sabe qué hacer: mira alrededor, se acomoda de diferentes maneras en el asiento, arregla cosas en las maletas que ya no requieren ser arregladas más, revisa su reloj, intenta leer el libro de Mireia, etc. Se interrumpe la melodía de Hannah y se escucha a medias un mensaje por los altoparlantes.

Voz en off: [...] rogamos mantengan sus pertenencias controladas en todo momento. To all passengers, please, do not leave [...].

Se reanuda la composición de Hannah. Tras un lapso de tiempo en el que la dinámica de Ferrán y Mireia antes descrita se ha mantenido inalterada, se interrumpe la música.

Mireia: Acá pone que es imprescindible realizar un paseo por el río.
Ferrán: No hay problema. Lo podemos incluir en nuestro plan.
Mireia: Pero habrá que hacerlo un día por la tarde, porque, de lo contrario, nos puede dar una insolación espantosa.

Ferrán: No creo que eso suceda. (Breve pausa) No han pronosticado sol para estos días. (Mireia lo mira con reprobación) Pero si te sientes más tranquila yendo por la tarde...

Mireia: Y quiero ir al mercadillo que arman cada domingo en la Plaza Mayor. Nuria dijo que, en esta época del año, hacen unos pastelitos típicos que están increíbles. Me parece que llevan toffee, manzana y canela.

Ferrán: Suena bien. Habrá que organizarnos. ¿Te prestó Nuria algún mapa?

Mireia: Y esta vez no quiero comer ni una hamburguesa. El primer día, cenaremos comida tradicional. Y hay que comprar botellas de agua para que no nos falte nada para el día siguiente y salir del hotel temprano con todo listo. ¿Cargaste la batería de la cámara?

Ferrán: Esta vez sí. Y traje el trípode... Pero no hay necesidad de hacer todo el primer día... Quiero decir... Ya habrá tiempo y me parece que hay otros asuntos más urgentes que...

Mireia: ¿No piensas decir nada?

Ferrán: ¿Qué?

Mireia: ¿No piensas decir nada?

Ferrán: ¿Sobre qué?

Mireia: ¿Qué creías? ¿Nunca pensabas hablar del tema? ¿Así planeabas solucionar las cosas?

Ferrán: ¿Qué tema? ¿Solucionar qué? No te entiendo.

Mireia: (Breve pausa) Genial.

Ferrán: (Breve pausa) Es que... No...

Mireia: Genial, Ferrán. Genial.

Ferrán: (Breve pausa) Perdón, pero creo que me he perdido de algo, porque esta vez no siento que haya hecho algo que me puedas reprochar. Traje el bloqueador solar de factor 50. Compré unas cuantas revistas sobre farándula. He dejado de traer ropa mía para que entren tus vestidos nuevos y tus zapatos de fiesta en mi maleta. No te he apurado o, por lo menos, he intentado no hacerlo más de lo necesario y siempre de forma sutil. ¿Qué he hecho mal esta vez?

Mireia: (Breve pausa) Eres intachable.

Ferrán: ¿Qué?

Voz en off: Pasajeros del vuelo KL 2673 con destino a Ámsterdam, embarquen por la puerta número seis. To all passengers of the flight KL 2673 to Amsterdam, please board by the gate number six.

Ferrán saca las tarjetas de embarque de un porta documentos y las revisa.

Mireia: ¿Qué tienes que mirar en las tarjetas de embarque? ¿Acaso vamos a Holanda?

Ferrán: Lo siento. Fue un reflejo.

Mireia: ¿Eres una cobaya? ¿Eres un puto hámster, Ferrán? ¿Estás condicionado? ¿Reaccionas con un timbre?

Ferrán: ¿Qué?

Mireia: (Breve pausa) ¿Y no piensas decir nada?

Ferrán: ¿Qué tengo que decir?
Mireia: No finjas, imbécil.

Volvemos a la música que suena en la cabeza de Hannah; la pareja queda sin audio. Ella retoma la lectura de la guía de viajes. Él permanece desconcertado. Empieza a hablarle a Mireia un poco alterado, pero esta no abandona su actitud indiferente. Cuando este, tras prolongados intentos, se da por vencido, Mireia le increpa que no insista más. Discuten. Por delante, pasan Marco y Ayumi. Vuelve el audio.

Marco: (A Ayumi) ¿Haces origami? (Ayumi sonríe) Origami. Aquello del papel doblado. Origami. Esa palabra está en japonés. No tienes que buscarla en tu traductor. Origami. Origami. No me entiendes otra vez, ¿no? (Breve pausa) ¿A dónde vas? (Salen del escenario)

Ferrán: No había cómo saberlo.
Mireia: ¿No había cómo saberlo? ¿No había cómo saberlo? ¿Te estás escuchando?
Ferrán: No entiendo por qué reaccionas así.
Mireia: ¿Todavía no te das cuenta? ¿Por qué piensas que no te hablo? ¿Te parece normal? ¿O es que ni siquiera te has dado cuenta de que estoy molesta?
Ferrán: Eso ya quedó claro.
Mireia: ¿Eso ya quedó claro? Por supuesto que eso ya quedó claro, ¿no, Ferrán? Eso ya quedó claro. Clarísimo. A ver, dime, entonces, luminaria, ¿qué ha quedado claro? ¿Me puedes explicar qué te ha quedado claro de todo esto, Ferrán?
Ferrán: No sé por qué reaccionas de esa manera y me echas toda la culpa a mí cuando tú tampoco te percataste en su momento.

Voz en off: [...] Last call. To all passengers of the flight LH 1956 to Munich, please board by the gate number twenty two.

Ferrán hace el gesto de que va a revisar las tarjetas de embarque, pero se detiene.

Mireia: Revísalas, si quieres, cobaya. Verifica que no vas a perder un vuelo a Alemania que no has venido a hacer. ¿Qué crees? ¿Que no me doy cuenta de tu estrategia para desviar la atención del tema? No seas iluso. (Breve pausa) Ferrán, no puedo encargarme de todo. Si tú vas al mostrador a sacar las tarjetas de embarque, por qué voy a pensar que habrá un problema después. ¿Por qué, me puedes decir? ¿Qué dificultad hay en hacer el checkin? ¿O es que ya ni siquiera puedes hacer algo tan sencillo?
Ferrán: Es que no hubo ningún problema.
Mireia: ¿Preguntaste, Ferrán? ¿Preguntaste algo a la chica del mostrador? ¿O solo le entregaste nuestros pasaportes sin decir nada?
Ferrán: Era un chico.

Mireia: Me importa una mierda si era un chico o una chica, Ferrán.

¿Preguntaste o no preguntaste?

Ferrán: ¿Qué tenía que preguntar?

Mireia: Nunca preguntas. Siempre asumes cosas que no son y te quedas callado. ¿Qué tiene de malo preguntar? ¿Por qué te da tanta vergüenza hablar? ¿Eres un anormal acaso? ¿Tienes una deficiencia mental?

Ferrán: No pienso responder a esa clase de comentarios. Y no es el momento para hablar de esos temas. Lo importante es que no ha pasado nada. Ya estamos aquí, a tiempo para iniciar nuestras... para tomar nuestro vuelo. Hemos tenido suerte.

Mireia: Qué afortunados somos, ¿no, Ferrán? Y ya que tenemos tanta suerte, ¿por qué no nos dedicamos a jugar a la ruleta o a hacer apuestas clandestinas? Podríamos hacernos millonarios. O podríamos conseguir suficiente dinero como para comprar un dúplex con vista al mar y no tener que regresar a vivir con tu madre nunca más. ¿O mejor nos quedamos con su casa y la mandamos a ella a un país árabe donde vaya a haber un golpe de Estado, a ver si la fondean?

Ferrán: Tu reacción es exagerada.

Mireia: Al menos reacciono.

Voz en off: El propietario de una maleta de color naranja dejada en la zona de embarque C, por favor, acérquese a la puerta número veinte a recogerla. The owner [...].

Ferrán: No hay justificación para que hagas este escándalo.

Mireia: No nos dejaron entrar al control de seguridad. ¿Te parece poco? Nos sacaron de la fila, Ferrán. El policía nos apartó de la cola. Tuvimos que volver al mostrador de la aerolínea y hacer el check in otra vez. ¿Te parece poco? Podían ya haberlo cerrado. Y hemos podido perder el vuelo. ¿Te parece poco, Ferrán?

Ferrán: ¿Es eso, entonces? ¿Lo que esa gente que nunca volveremos a ver en nuestra vida pueda haber especulado cuando el policía nos llevó a un costado? ¿Es eso? ¿Lo poco elegante que se vio la situación?

Mireia: No, Ferrán. No soy tan ridícula. Pero pudimos perder el vuelo, lo cual es grave, gravísimo considerando que hemos tenido que reventar la tarjeta de crédito para organizar este viaje, aunque tú pareces no darte cuenta. Pero eso no es lo más grave. No. Porque si lo perdemos por nuestra culpa o porque hicimos algo mal, nos callamos y asumimos que hemos sido unos ineptos. Y, en ese caso, nos mereceríamos perder el vuelo, y las reservas de hotel, y las maletas, un riñón o una córnea. ¿Pero me puedes explicar por qué casi hemos arruinado nuestras vacaciones? ¿Por qué hemos podido perder el vuelo? ¿Por qué? ¿Por qué, Ferrán? ¿Por qué? Porque eres incapaz de preguntarle algo a alguien.

Ferrán: Esta vez, ese no ha sido el problema. Reconozco que otras veces puede haber ocurrido eso.

Mireia: ¿Puede haber ocurrido?

Ferrán: Está bien. Otras veces, ha ocurrido.

Mireia: Siempre ocurre.

Ferrán: Basta. Esta vez no sentí que hubiera nada que preguntar. Para ser sincero, no creí que tuviera nada que preguntar. Lo tenía todo claro.

Mireia: ¿Y, entonces, me puedes decir qué pasó? ¿Qué tenías claro? ¿Qué creías tener claro esta vez? ¿O qué te hizo creer que todo estaba claro, cuando obviamente no lo estaba?

Ferrán: Deja ya de hablarme de esa manera. Si lo piensas un poco, fríamente, con serenidad, no es tan descabellado. ¿Cómo iba a imaginarlo? Si no paga pasaje de avión, ¿cómo iba a saber que tenía que sacarle tarjeta de embarque?

Mireia: Porque no es una maleta. Por eso.

Ferrán: No, no es así de sencillo. Ahora lo pones así, en esos términos, y parece que yo fuera un idiota o un insensible.

Mireia: Eres ambas cosas, Ferrán. ¿Cómo va a subir alguien a un avión sin tarjeta de embarque?

Ferrán: Pero es que es un bebé. No paga boleto de avión.

Mireia: Ocupa un asiento. Es un pasajero más. No importa su tamaño o su peso. La compañía aérea es tan responsable de su vida como de la tuya o de la mía. Es de sentido común: nadie sube a un avión sin tarjeta de embarque, tenga la edad que tenga.

Ferrán: No, no es lógico. Es bastante ambiguo.

Mireia: ¿Dónde está la ambigüedad? ¿Cómo crees que le van a asignar un asiento si no lo tienen registrado? ¿Y todo por qué? Porque no le sacaste tarjeta de embarque.

Ferrán: ¿Y por qué no te pusiste así de salvaje con el tipo del counter? ¿Por qué solo te desfogas conmigo? ¿Acaso no es también su culpa? ¿No es tan o más responsable de que hayamos podido perder el vuelo? Debió advertirnos.

Mireia: Era imposible que el tipo del counter viera, desde su mostrador, el cochecito de Arnau. No se ve desde su posición.

Ferrán: ¿Y? ¿Eso acaso lo exime de responsabilidad?

Mireia: ¿Cómo demonios va a preguntarte por un bebé que no está viendo? ¿Por qué va a suponer que tienes un hijo menor de un año acompañándote en el vuelo? ¿Acaso tienes cara de padre de familia? ¿Te parece que sea una pregunta de rutina? "Señor, ¿tiene un bebé menor de un año al que no ha declarado como pasajero, porque piensa que debe ser tratado como una maleta más? ¿Es ese, señor, su concepto de amor paternal? ¿Por qué su esposa no le ha pedido el divorcio, entonces?"

Ferrán: ¿Y qué sugieres que debí haber hecho?

Mireia: Preguntar. Plantear el caso. El del mostrador no tiene nada de responsabilidad en esto. Se limita a hacer su trabajo. Tú eres el padre de Arnau. A ti te corresponde cuidarlo.

Ferrán: Pero es que no paga. ¿Cómo te hago entender?

Mireia: ¿Cómo te hago entender que eso no tiene nada que ver con lo otro?

Ferrán: Necia.

Mireia: Necio tú, insensible. Has tratado a nuestro hijo como a una maleta.

Ferrán: No es cierto.

Mireia: Sí es cierto. Lo has tratado como un paquete. ¿Cómo crees que se sentirá después de lo que ha pasado?

Ferrán: El niño ni se va a enterar... Apenas tiene unos meses de nacido... A mí, ni siquiera me queda claro si ya puede ver.

Mireia: Claro que ve. A mí, me ve. A ti no te verá, pero, a mí, sí me ve.

Volvemos a la melodía que intenta componer Hannah. La discusión de la pareja estalla de una manera brutal. Gritos histéricos, gestos exagerados, reacciones grandilocuentes. Entretanto, por un lado del escenario, aparecen dos agentes de seguridad, imponentes, inmensos, con trajes impecables, auriculares en la oreja y lentes de sol. Los acompaña un también enorme rottweiler. Se sitúan a un lado de la escena; desde ahí, observan atentos toda la situación. Vuelve el audio.

Ferrán: Eso no te lo voy a tolerar. Eso ha sido demasiado melodramático; incluso para ti. No lo voy a tolerar.

Mireia: Desde que nos casamos, he tenido que soportar tu incapacidad para conectarte con las emociones de los demás y con la realidad.

Regresamos a la composición de Hannah. Inevitablemente, se contagia de la discusión de la pareja, que continúa aumentando su intensidad. Vuelta a la discusión.

Ferrán: Eso no es nada comparado con todo lo que he tenido que soportar. ¿Qué me dices de tu impuntualidad?

Mireia: Yo he tenido que resignarme a una vida sin cebolla. Por tu culpa. Me has condenado a una vida sin cebolla.

Ferrán: Me cae mal. Entiende: me irrita el estómago.

Mireia: Son solo engreimientos.

Voz en off: El propietario de una maleta de color naranja dejada en la zona de embarque C, por favor, acérquese a la puerta número veinte a recogerla. The owner [...].

Ferrán: Por Dios, quién puede dejar olvidada su maleta en una sala de embarque del aeropuerto.

Mireia: Alguien a quien, sin duda, le importan más sus hijos que sus maletas.

Volvemos a la melodía de Hannah. Mireia se para y hace ademán de irse. Regresa el audio de la discusión.

Ferrán: Un momento. Esto no puede acabar así. ¿A dónde crees que vas?

Mireia: Voy al baño.

Nuevamente, pasamos a la composición musical de Hannah. Mireia se marcha sin mirar atrás. Ferrán sigue exaltado. Arnau empieza a llorar. Ferrán no sabe qué

hacer. Se aturde. Luego, saca de su maletín de mano una pequeña bolsa de plástico transparente para transportar líquidos de donde extrae una también pequeña botella de alcohol. Se rocía un poco del contenido en las manos para desinfectárselas. Inmediatamente, saca una mascarilla de cirujano de otro bolsillo de la maleta y se la coloca. Recién ahora se acerca a cargar a Arnau. Durante todo este proceso, uno de los agentes, al que llamaremos Agente 1, acompañado de un enorme rottweiler, se acerca con supuesto disimulo a Ferrán y empieza a vigilarlo de cerca. El perro, también con supuesto disimulo, empieza a oler sus pertenencias. Ferrán se percata de la situación, pero el llanto de Arnau reclama atención exclusiva. Con notoria falta de pericia, intenta tranquilizarlo. Poco a poco, adquiere cierto dominio sobre sí y logra calmarlo. Permanece con Arnau en brazos. Lo contempla. Regresa Mireia. Se emociona ante la situación. Cuando Ferrán nota su presencia, intenta entregarle a Arnau. Mireia le indica que no se preocupe y que él continúe cargando al bebé. Ferrán lo coloca, muy tiernamente, en su cochecito. No se hablan por un rato. Luego, retoman la conversación. Es una charla sobre asuntos triviales, relajada. Se los ve felices; parecen haberse reencontrado con un estado emocional que creían perdido o que, en todo caso, habían olvidado. Se acercan los agentes con el perro e interrumpen el momento. De pronto, se corta la melodía de Hannah y escuchamos la conversación.

Agente 2: Buenos días, señores. ¿Todo bien?
 Ferrán: (Desconcertado) ¿Sí?
 Agente 2: ¿Me permiten sus pasaportes y tarjetas de embarque, por favor?
 Ferrán: Sí, claro... ¿Pero ocurre algo, oficial?

Se escucha un texto ininteligible por el radio del Agente 2.

Agente 2: (Al radio) Afirmativo. Pareja heterosexual, alrededor de cuarenta años, de raza casi blanca, con un bebé igualmente casi blanco. (A Ferrán) Es una revisión de rutina.
 Ferrán: Perdón pero no me lo parece.
 Mireia: Ferrán, no es momento para que te hagas el valiente.
 Agente 2: Señor, ¿podría ver sus pasaportes y tarjetas de embarque?
 Mireia: Ferrán, entrégale los documentos. Colabora con los agentes.

Ferrán entrega los papeles al Agente 2. Este se los da al Agente 1, quien los revisa.

Agente 2: ¿Este es todo el equipaje que llevan con ustedes?
 Ferrán: Sí.
 Agente 2: ¿Están seguros?
 Ferrán: Sí.
 Agente 2: Revíselo, por favor.
 Ferrán: Todo está completo.
 Agente 2: ¿No les falta ninguna maleta?

Ferrán: Le digo que no, señor.
Agente 2: ¿Le importaría retirar las mantas que están en el coche del bebé?
Ferrán: ¿Por qué?
Mireia: Claro que no tenemos problema con ello, oficial. (Cargando al bebé)
Puede sacarlas.
Agente 2: Tenga la amabilidad de hacerlo usted misma, señora.

Mireia retira las mantas. El Agente 1, con el perro, se acerca. El rottweiler olfatea el cochecito.

Ferrán: ¿Es eso necesario, oficial?
Agente 2: ¿Está nervioso, señor?
Mireia: No digas nada, Ferrán.
Agente 2: Debo pedirle que se mantenga calmado.
Ferrán: No. No es posible. ¿Por quién nos toman? Ni siquiera estoy seguro de que esta revisión sea legal. Somos una familia normal. ¿Por quién nos toman? ¿Acaso piensa que somos terroristas? ¿Cree que llevamos una bomba líquida en el estómago de nuestro hijo? ¿Qué nos pedirá a continuación? ¿Que nos desvistamos para introducirnos una cámara por algún orificio corporal?

Vuelve la melodía de Hannah. Ferrán está a punto de perder los papeles. Mireia, sumamente incómoda, lo tranquiliza y lo toma fuertemente del brazo para evitar que se levante. Cuando Ferrán ha llegado a un límite difícilmente tolerable de grosería y altanería, el Agente 1, simulando un movimiento absolutamente casual, se abre el saco, con lo cual evidencia que lleva una enorme pistola al cinto. Ferrán y Mireia quedan petrificados. El Agente 2 continúa el interrogatorio; la actitud de la pareja es ahora de total sumisión. El Agente 2 habla por radio. El Agente 1 les devuelve sus papeles. Se despiden y se retiran de la escena. Se corta la melodía.

Mireia: ¿A quién quieres impresionar? Definitivamente, tú no piensas. Ahora sí has podido arruinar las vacaciones. ¿Cuál es tu problema, Ferrán? (Imitándolo) "¿Nos pedirá que nos desvistamos para introducirnos una cámara por algún orificio corporal?"

Mireia intenta contener la risa. Fracasa. Termina estallando en carcajadas. Ferrán se contagia de su risa. Luego de un rato, se calman. Silencio.

Mireia: Cuando fui al baño, vi a una chica que tenía los mismos zapatos que yo.
Ferrán: A ti te quedan mejor.
Mireia: ¿Cómo lo puedes saber si no has visto a la chica?
Ferrán: No me cabe duda. No necesito verla para saberlo.
Mireia: ¿Pero cómo crees que me siento por haberme encontrado con alguien que tiene los mismos zapatos que yo el mismo día en que yo decido ponérmelos y en el mismo lugar, que es, además, un aeropuerto, donde las

posibilidades de cruzarte con alguien que lleve tu mismo atuendo, considerando que hay gente de todo el mundo, son ínfimas?

Ferrán: Igual que ella.

Mireia: ¿Igual que ella o igual que ella?

Ferrán: ¿Cómo?

Mireia: ¿Igual que ella o igual que ella?

Ferrán: Igual que ella.

Mireia: ¿Con su misma identidad?

Ferrán: No. Quiero decir que te debes haber sentido de la misma manera en que ella se ha sentido al encontrarse a alguien con los mismos zapatos que ella lleva puestos el mismo día en que ella ha decidido ponérselos y en el mismo lugar, que es, además, un aeropuerto, donde las posibilidades de cruzarte con alguien que lleve tu mismo atuendo, considerando que hay gente de todo el mundo, son ínfimas.

Mireia: No hace gracia.

Ferrán: Solo que ella se debe haber sentido más humillada aún, porque, a diferencia de tu caso, ella se ha encontrado con alguien a quien esos zapatos le sientan mejor.

Mireia: Ya te he dicho que no es gracioso, Ferrán.

Ferrán: Sí que lo es.

Mireia: Idiota.

Ferrán: No es imposible que ocurra. ¿Acaso tus zapatos son un diseño de Marc Jacobs o de Oscar de la Renta?

Mireia: Oscar de la Renta no hace zapatos.

Ferrán: A lo que me refiero es a que compras casi toda tu ropa en Saga. Medio país compra su ropa en esas tiendas.

Mireia: Son Armani.

Ferrán: ¿Cómo tienes unos zapatos de esa marca?

Mireia: A ella, se la veía más delgada.

Ferrán: No creo. ¿Cómo tienes unos zapatos de esa marca?

Mireia: ¿Cómo se me ve?

Ferrán: ¿Qué?

Mireia: ¿Cómo se me ve?

Ferrán: ¿Los zapatos?

Mireia: No. Toda yo. ¿Cómo se me ve hoy?

Ferrán: Creo que la ropa que llevas no te hace ver precisamente delgada.

Mireia: ¿Qué?

Ferrán: La ropa. Quizá no sea la que mejor te quede de todo lo que tienes. Es decir, no eres tú, no es que estés... porque no es tú seas un poco cuadradita, no creas... pero, no sé, bueno, no eres tú, sino que lo que tienes puesto no te favorece... demasiado.

Mireia: ¿Crees que no me doy cuenta de que me estás diciendo gorda?

Ferrán: No he dicho eso.

Mireia: Sí.

Ferrán: No. Simplemente, estoy haciendo un comentario sobre cómo te ves... Quiero decir, sobre tu atuendo.

Mireia: Y si, como dices, no me queda tan bien, ¿por qué recién me lo dices?

Ferrán: ¿Qué?

Mireia: No me miras. Ya nunca me miras.

Ferrán: Ah, no. No tengo que soportar esto.

Mireia: ¿Soportar qué? ¿A mí?

Ferrán: No, no lo pongas en esos términos, porque sabes que no es cierto. No hay nada que me guste más que mirarte. Lo que quiero decir es que, después de todo, ¿a quién le importa cómo te ves? Es decir, no es que a nadie le importe... De hecho, a ti, obviamente, sí que te importa... y a mí, por supuesto... Pero, realmente, ¿qué importa cómo te ves... si siempre te ves genial, claro está.

En ese momento, pasa por un costado Jaroslav, con unas bolsas del duty free en una mano. En la otra, lleva un vaso descartable con café hirviendo. En la boca, lleva mordiendo un vaso de plástico adicional vacío. Se detiene cerca de Mireia y Ferrán. Deja sus bolsas de compras en un asiento. Procede a pasar el contenido del vaso de café al vaso vacío. Al hacerlo, derrama un poco de café sobre su mano y se quema. Por el dolor, casi suelta los dos vasos. Soporta. La pareja lo mira un instante. Jaroslav prosigue con su acción y consigue traspasar el café de un vaso a otro en varias ocasiones. Bebe. Se quema la lengua espantosamente.

Jaroslav: Fuck. Kava je sranje. Toboli.

Mireia: Ferrán, ¿no vas a hacer nada?

Ferrán: ¿Hacer qué? ¿De qué me hablas?

Mireia: Ese hombre.

Ferrán: ¿Qué le pasa?

Mireia: Se ha accidentado. ¿Acaso no lo has visto, Ferrán?

Ferrán: ¿Y qué tenemos que hacer nosotros? ¿Darle primeros auxilios? ¿Llamar a los paramédicos? ¿Tienes que reaccionar desproporcionadamente por todo? Se ha quemado la lengua. Eso, técnicamente, no es accidentarse.

Mireia: ¿Y qué es sino, imbécil?

Ferrán: No ha sido nada tan grave. Mira, ya se marcha.

Mireia: Eres un insensible, Ferrán.

Ferrán: ¿Por qué tenemos que meternos en los asuntos de los demás?

Mireia: Eres un racista.

Ferrán: ¿Racista? ¿Yo? ¿Racista yo? Loca. Eres una loca. Loca. Loca.

La discusión estalla. La seguimos sin audio. Escuchamos, una vez más, los intentos de Hannah por componer. La intensidad de la pelea aumenta. Vuelven las voces.

Mireia: ¿Y cómo explicas tu afición por tener relaciones sexuales con las almohadas?

Ferrán: Eso no es cierto. Deja de tergiversar los hechos. Ya te lo he explicado trescientas veces. Ese día, me dolía terriblemente la cintura. Apenas me podía mover con suma dificultad. Me eché en la cama a descansar y empecé

a buscar una posición en que me sintiera más cómodo. Y justo entraste a la habitación en ese momento, cuando estaba en mi búsqueda de alivio.

Mireia: ¿Eso no explica qué hacías encima de la almohada?

Ferrán: No estaba encima de la almohada. ¿Cuántas veces te lo debo repetir? Estaba desplazándome de un lado a otro de la cama y, para ello, tuve que pasar sobre la almohada... Pero, por el dolor, me movía muy despacio, casi en cámara lenta. Y de ahí la falsa impresión que te llevaste. ¿Acaso me has vuelto a ver haciéndolo?

Mireia: ¿Y por qué estabas sin ropa?

Suena un celular. Nadie contesta. Ferrán piensa que es de Hannah y le fastidia que no lo atienda. Mireia se pone tensa. Deja de sonar. Vuelve a sonar. Ferrán está a punto de decirle algo a Hannah. Mireia no resiste la tensión y saca el celular de su bolso. Mira fijamente la pantalla.

Mireia: Es mamá. Llama para desearnos buen viaje. Por las vacaciones.

Ferrán: ¿Por qué tienes ese teléfono? ¿No lo tendrías que haber cancelado? Y, por favor, ya deja de hablar de vacaciones. No nos vamos de vacaciones. No puedo creer que no se lo hayas dicho a tu madre.

Mireia: No me atreví.

Ferrán: ¿Y cómo pensabas que se iba a enterar de que nos vamos del país y que no tenemos intenciones de volver nunca más? ¿Cuando fuera a nuestra casa y le abriera la puerta otra familia?

Vuelve la melodía de Hannah. La discusión está fuera de control. Escuchamos, de pronto, siempre sin música de fondo, una frase suelta.

Mireia: No me nació decírselo. Así como tampoco me atreví a contarle que tienes una amante.

Ferrán: No empieces con eso otra vez. No tiene nada que ver. ¿Y no te has puesto a pensar en que tú tienes gran parte de la responsabilidad en todo eso? Todo el tiempo estás de mal humor. Gritando. Criticas todo lo que digo.

Mireia: No me vengas con excusas, Ferrán. Eres un hijo de puta y lo sabes.

Ferrán: No hables así delante de Arnau, por favor.

Mireia: ¿No decías que no veía aún? A lo mejor, todavía tampoco escucha.

Ferrán: Ojalá no escuche. Ojalá no escuche nada. Así no tendrá que escuchar a la bruja, frígida de su madre.

Retomamos los cada vez más desesperados intentos de Hannah por componer. La discusión, apocalíptica ya, queda sin audio. De pronto, los gestos ampulosos y los gritos furibundos cesan abruptamente. Los ojos de Mireia se llenan de lágrimas. Ferrán no soporta contemplar la imagen pero tampoco puede acercársele a abrazarla.

Ferrán: Creo que todo empezó por vanidad. Me sentía halagado de que a alguien así yo le pudiera parecer atractivo. Y también me fascinaba sentir que

podía tener tal poder sobre alguien. (Breve pausa) Nunca le pedí ni le insinué nada. Yo no alenté esta relación... Pero supongo que tampoco hice nada por frenarla.

Mireia: (Pausa) ¿Fue antes o después de que naciera Arnau?

Ferrán: Antes...

Mireia: No mientas.

Ferrán: No quieres saber. (Breve pausa) No necesitas saber.

Mireia: No te he preguntado dónde se encontraban, ni de qué hablaban cuando no estaban tirando, ni si pensabas en ella cuando no estaban juntos, o si la conociste en la piscina o en una librería. Solo te he pedido que me digas si fue antes o después de que naciera Arnau.

Ferrán: ¿Por qué te haces esto?

Mireia: Responde, Ferrán. Necesito saberlo. ¿Cuándo empezó todo aquello?

(Breve pausa) Fue durante el embarazo, ¿verdad? Solo contesta sí o no. Sí o no,

Ferrán. (Breve pausa) Asiente con la cabeza si ni siquiera te atreves a decirlo.

Haz un gesto. Asúmete por una puta vez en tu vida. Ferrán, mírame y responde.

Ferrán: (Pausa larga. Asiente) Di algo, Mireia. No te quedes callada. Ahora no.

Ninguno puede ya contener las lágrimas. Silencio. Esta vez no hay diálogo pero tampoco está la música que suena en la cabeza de Hannah. En ese instante, pasa por detrás una familia corriendo alborotada con sus carritos portaequipajes, y numerosos y aparatosos paquetes. El hijo adolescente va de espaldas unos pasos adelante y graba toda la experiencia. Su entusiasmo no disminuye aunque es incapaz de sortear todos los obstáculos que salen a su paso y debe hacer malabares para no tropezar.

Voz en off: Alerta de evacuación. Por razones de seguridad, debido a la presencia de un objeto sospechoso encontrado en la zona de embarque C, se pide a todos los pasajeros y personal del aeropuerto abandonar de forma ordenada el área. Por favor, sigan las instrucciones y colaboren en todo momento con los agentes de policía a cargo del operativo. De momento y hasta nuevo aviso, se cancelan todos los vuelos.

Momento de caos en la sala de embarque. Ferrán y Mireia, poco a poco, van siendo invadidos por una sensación de terror. Se miran. Se abrazan.

Ferrán: Todo va a estar bien. No te preocupes. (Breve pausa) ¿Me crees?

Mireia: Eso intento.

Breve apagón.

Escena 5

Marco y Ayumi ingresan por un lado del escenario. Marco continúa hablando; nunca han dejado de hacerlo.

Marco: Como te decía, la ciudad no es bonita. Es, más bien, fea. Bastante fea, para ser exactos. No te voy a engañar: horrible. Pero eso es solo desde el punto de vista estético. No pretendas entenderlo. Yo ya dejé de intentarlo. Porque, extrañamente, a pesar de ser de un mal gusto que lastima, me parece atractiva. No nos elegimos, no nos agradamos mutuamente y seguro que podemos llegar a odiarnos, pero es mi ciudad y tengo con ella un vínculo afectivo que escapa a mi control. No me gusta, pero soy de aquí. No puedo renunciar a ello, así quisiera. Quizá es que no se puede ser de otro lugar, o no se puede ser distinto a lo que se es. No lo sé. Solo sé que no me pierdo en sus calles y que me reconozco en ellas. Y que están llenas de recuerdos. El problema es que uno no debería conocer otros lugares o, al menos, no debería hacerlo si pretende ser feliz con lo que le tocó sin pedirlo. Hace daño. Después de conocer otras realidades, no se puede volver a esto. Es insoportable. Lo entenderías si fueras de Vietnam. No se puede ir de Camboya a Tokio y luego regresar a Camboya y pretender que Camboya es lo máximo. No se puede, Ayumi. Uno se cuestiona si realmente merece esto, si hay que soportarlo habiendo otras cosas. O, al menos, uno se pregunta por qué regresa. Por qué uno decide privarse de una vida distinta, aparentemente más feliz o con menos carencias. Por qué siento que me hace daño la luminosidad de los cielos azules de otras ciudades. Por qué creo necesitar una dosis de melancolía. No la quiero. Por qué, entonces, no puedo renunciar a ella. Por qué regreso.

Ayumi no sonrío. Lo mira, más bien, asustada.

Marco: Ayumi, quita esa cara. Si solo te estaba contando cómo es la ciudad y... me he desviado un poco del tema.

Marco sonrío. Ayumi lo imita.

Voz en off: El propietario de una maleta de color naranja dejada en la zona de embarque C, por favor, acérquese a la puerta número veinte a recogerla [...].

Ayumi: ¿Dónde es control de pasaportes? ¿Vamos en dirección correcta?

Marco: ¿Control de pasaportes? Eh... Sí, hacia allá vamos... Creo... ¿Pero cuál es el apuro? Debe haber una cola infinita. Mejor nos tomamos un café como quien hace tiempo (Breve pausa) ¿Te provoca un café? ¿Café? ¿Coffee?

Ayumi: Control de pasaporte. Se hace tarde.

Marco: ¿Tarde para qué, Ayumi? Los taxis pueden esperar. ¿O alguien te ha venido a buscar? Un café no nos quitará nada de tiempo. Yo invito.

Ayumi: Control de pasaporte.

Marco: Café, Ayumi. Café. Créeme; lo agradecerás. (Breve pausa) Mira, allá hay una máquina de café. Ni siquiera nos desvía del camino. ¿Qué dices? ¿Un café?

Ayumi: Ok.

Van hacia la máquina de café. Cuando Marco está a punto de introducir unas monedas en esta, casi desde fuera del escenario, escuchamos la voz de Jaroslav, que entra precipitadamente, casi lanzándose sobre la pareja en lo que podría considerarse un tackle de fútbol americano.

Jaroslav: ¡Café no! Don't do it!

Marco y Ayumi quedan espantados. Inmediatamente, alarmados por la violenta acción de Jaroslav, ingresan al escenario los Agentes 1 y 2, acompañados de algunos miembros del escuadrón de operaciones especiales. Tumban a Jaroslav y lo inmovilizan en el suelo con no poca violencia.

Jaroslav: (Con absoluta tranquilidad a pesar de que se encuentra reducido por los agentes policiales, quienes lo apuntan en la cabeza) Demasiado caliente. No hay café tibio en máquinas de este país. (Breve pausa) Where's duty free?

Marco: Por acá, no.

Los agentes levantan a Jaroslav esposado del piso. Prontamente, comprenden que se trata de un malentendido. Dicen unas frases ininteligibles por radio. Lo liberan.

Jaroslav: (Antes de salir de escena) Y... don't drink coffe. It's for your own safety.

Marco: (Señalando la máquina de café) ¿Café?

Ayumi, espantada, reanuda la marcha y a Marco no le queda más que seguirla.

Escena 6

Baño de un aeropuerto. Daisy Antoinette, de alrededor de 35 años, entra al lavabo arrastrando gran cantidad de paquetes: un enorme y poco práctico maletín deportivo sin rueditas, un costal amorfo envuelto en plásticos de color azul y un hipertrófico oso de peluche poco agraciado y que, definitivamente, no inspira ternura. Le resulta terriblemente complicado ingresar a la habitación y más difícil aún meter todos esos bultos en uno de los pequeños compartimientos del baño. Cuando, tras denodados esfuerzos, ha logrado que todos los paquetes quepan, se percata de que todavía falta que ella ingrese a la cabina. Entiende que solo le queda la vía acrobática. Entonces, la ejecuta.

Cuando Daisy Antoinette está ya dentro de una de las cabinas y, por tanto, el baño aparentemente está vacío, entra Spider Juan, de edad similar, con uniforme e implementos del personal de limpieza.

Voz en off: [...] rogamos mantengan sus pertenencias controladas en todo momento [...]

Spider Juan escucha música a todo volumen en su teléfono celular, el cual utiliza como radio sin auriculares. En el aparato, suena algún tema del grupo Ráfaga. Podría ser "Mentirosa". Spider Juan empieza a limpiar el baño performativamente al ritmo de la canción. De pronto, Daisy Antoinette sale de la cabina y se topa con Spider Juan.

Spider: Disculpe, señorita... Pensé que no había nadie... En serio, lo siento. Discúlpeme.

Daisy: No, no se preocupe. Siga nomás.

Spider Juan cree reconocer a Daisy Antoinette. Finge no conocerla. Le rehúye la mirada.

Spider: Voy saliendo, señorita. No se preocupe.

Daisy: (Sorprendida, casi incrédula) ¿Spider Juan?

Spider: Perdón, ¿cómo dice, señorita?

Daisy: ¿Spider Juan? ¿Eres tú? ¿Spider Juan?

Spider: No, señorita. Creo que me ha confundido con otra persona.

Daisy: Spider Juan, eres tú. Eres tú, Spider Juan. ¿No me reconoces?

Spider: Lo lamento, señorita. No soy. Se ha equivocado de persona.

Daisy Antoinette lo mira fijamente, pero no insiste más. Su rostro es de desilusión. Spider Juan se conmueve pero se contiene para poder seguir fingiendo. Se da la vuelta para salir.

Voz en off: Spider Juan, cuando termines con el baño, pásate por la puerta doce, porque alguien ha derramado café en los asientos de la sala de embarque.

Spider Juan se queda inmóvil de espaldas varios segundos. Finalmente, cuando el tiempo no se puede estirar más o cuando acepta que no le ha sido dado el don de la desaparición, se voltea. Larga pausa. Daisy Antoinette se le acerca y le da un furibundo empujón. Spider Juan, por la fuerza de la carga, se estampa contra la pared. Antes de que pueda recomponerse, Daisy Antoinette se le lanza encima y empieza a darle golpes desordenados hasta quedar exhausta. Tras ello, silencio.

Spider: Sí, soy yo.

Daisy: ¿Desde cuándo estás aquí?

Spider: Seis años.

Daisy: ¿Qué?

Spider: Seis años.

Daisy: No lo puedo creer. No puede ser.

Daisy Antoinette coge sus cosas atropelladamente e intenta salir del baño. Sin embargo, no logra realizar un movimiento rápido y certero, por lo que Spider Juan la intercepta.

Spider: Espera, por favor, Daisy Antoinette.
Daisy: Déjame.
Spider: Por favor.
Daisy: No insistas. Te he dicho que me dejes. Tengo que tomar un vuelo.
Spider: Por favor.
Daisy: Habla rápido.
Spider: (Breve pausa) ¿Cómo has estado?

Daisy Antoinette vuelve a coger sus cosas como sea para irse.

Spider: En serio, ¿cómo has estado?
Daisy: ¿Cómo te atreves a preguntarme eso, Spider Juan?
Spider: ¿Qué más podría preguntarte después de seis años?
Daisy: ¿Cómo crees que puedo estar?
Spider: No lo sé... Por eso te pregunto... ¿Fuiste a Madrid?
Daisy: ¿Por qué no me llamaste nunca?
Spider: ¿Fuiste a Madrid?
Daisy: (Breve pausa) No.

Spider Juan experimenta cierto alivio.

Daisy: ¿Y cómo crees que me iba a ir? Se suponía que me llamarías cuando llegaras. Tú te ibas primero para preparar todo... Así lo habíamos planeado. Pero desapareciste. No sé qué pasó. (Breve pausa) ¿Qué pasó?
Spider: No pude llamarte.
Daisy: ¿En seis años?
Spider: Las cosas se complicaron. No fue fácil. Nada fue como habíamos pensado. No te imaginas. No quería llamarte hasta que estuviera realmente instalado. Quería que llegaras a algo seguro. Pensé que las cosas mejorarían, pero nada. Y el tiempo se fue pasando... Y ya cada vez era más difícil llamar para explicarte... No sabía cómo justificar que me hubiera demorado tanto... Y tampoco sabía qué decirte... Y así pasó más tiempo...
Daisy: Seis años, Spider Juan. Pasaron seis años. Yo esperaba que me llamaras todos los días. Creí que te demorarías una semana como máximo... pero han pasado...
Spider: Seis años. Ya sé. No tienes que repetirlo a cada instante.
Daisy: Pero es que han pasado seis años, ¿entiendes? Y, por lo que veo, no pensabas llamarme nunca.
Spider: No digas eso.
Daisy: Pero es que no puedo entender. No puedo entenderlo, Spider Juan. Si nos íbamos a ir juntos. Yo ya no podía regresar a la casa de mis papás, y tú sabías eso. ¿Por qué no me llamaste?
Spider: No pude.
Daisy: Pero si estás acá hace seis años, ¿cuánto tiempo estuviste en Madrid?

Spider: Tres meses.
Daisy: ¿Qué?
Spider: Solo estuve tres meses. Hasta que venció la visa. No me salió ningún trabajo y no me atreví a quedarme de ilegal.
Daisy: ¿Cómo? ¿Solo estuviste fuera tres meses? ¿Tres meses? ¿O sea que yo seguía acá esperando que me llamaras desde España y tú ya estabas otra vez en Lima de regreso?
Spider: Más o menos... Bueno... Sí.

De pronto, se escucha que alguien está por abrir la puerta del baño. Rápidamente, Daisy Antoinette le da un fuerte empujón a Spider Juan para que se meta dentro de una de las cabinas del baño. Le cierra la puerta a la fuerza. Entra al baño Ayumi. Al ver a Daisy Antoinette, le hace una pequeña reverencia. Daisy Antoinette, desconcertada, imita el movimiento. Ayumi se dirige a unos de los compartimentos, pero Daisy Antoinette le bloquea el paso; en realidad, para ser más exactos, la empuja. Ayumi, quizá creyendo que se trata de una singular e incomprensible cuestión cultural propia de pueblos atávicos y primitivos, evita la confrontación e ingresa a otro de los compartimentos. Pasado un tiempo, Spider Juan intenta abrir la puerta de su cabina, pero Daisy Antoinette se lo impide. Spider Juan vuelve a intentarlo con más ímpetu y desesperación; la resistencia de Daisy Antoinette es mayor aún. Tras unos momentos de calma, Spider Juan intenta trepar y salir por la parte superior de la puerta. Daisy Antoinette se lo impide: quizá lo puede atacar con el enorme oso de peluche o realizar una suerte de mate de vóley usando su cara como pelota. En todo caso, el ruido producido por la caída de Spider Juan sugiere que esta ha sido dolorosa. Sale Ayumi de su cabina. Daisy Antoinette finge, con torpeza, estar lavándose las manos. Ayumi, al verla, le sonríe y le hace una reverencia. Daisy Antoinette imita el gesto, pero, por hacerlo, salpica agua por todo el lugar.

Daisy: Lo siento. No fue mi intención. (Ayumi sonríe) ¿Disculpation? Quise decir: perdón. No. Sorry. Eso es: sorry. Sorry.

Ayumi sonríe y, aunque preferiría salir corriendo del lugar, se somete a su impulso de higiene. Se lava las manos prolijamente. Luego, se cepilla los dientes con meticulosidad. Daisy Antoinette, por su parte, ya no sabe cómo más lavarse las manos y la cara para continuar verosímilmente con su farsa. Finge pésimo. Entretanto, Ayumi, con extrema parsimonia y esmero, se seca las manos. Cuando ha terminado, vuelve a hacer una última reverencia de despedida a Daisy Antoinette, quien ya no le devuelve el gesto. Ayumi sale.

Marco en off: Hey, Ayumi. Nos volvemos a encontrar. Qué casualidad. Te dije que íbamos para el mismo lado.

Spider Juan permanece dentro de la cabina. Pausa.

Daisy: Ya puedes salir. (Spider Juan no sale) Spider Juan, ya puedes salir. (Spider Juan no sale) Ya sal.

Spider Juan sale lentamente.

Spider: No te llamé porque las cosas allá eran horribles. Vivía en un cuarto inmundo de cuatro metros cuadrados que compartía con otras nueve personas. Ninguna hablaba español: todos eran africanos, moros o rumanos. Pagaba 50 euros por un colchón que tenía que desocupar a las 6 de la mañana para que entraran a dormir los del siguiente turno. Camas calientes, les llamaban. Y el tipo que nos hizo la carta de invitación para la visa me estafó. Le pagué lo que acordamos por la carta y, después, me pidió más dinero para conseguirme una entrevista de trabajo. Le volví a pagar, pero la entrevista fue un fraude: era obvio que no era una entrevista de verdad sino una pantalla o, si lo era, de hecho yo jamás tendría el perfil de lo que buscaban. Después de eso, el tipo se fugó y no me dio la cara nunca más. Un tiempo después, un argentino que acababa de llegar al cuarto donde yo dormía me pasó el dato de que buscaban un vigilante en la discoteca donde él era camarero. Me presenté y me dieron el trabajo. Se me descuadraron todos los horarios de sueño, pero no estaba mal. De vez en cuando, me caían un par de golpes separando alguna pelea, aunque nada grave. Pero el dueño del local se aprovechó de mí: como sabía que yo no tenía autorización de trabajo, no me pagó a fin de mes. Y yo no podía reclamar nada porque solo tenía visado de turista y, con eso, no se puede trabajar legalmente. Después de eso, lo mandé a la mierda o, bueno, en realidad, yo quedé hecho mierda. Ya casi no me quedaba plata y no sabía qué hacer ni a quién recurrir ni a dónde ir. Estaba desesperado. Me sentía insignificante. Sentía que no era nadie. Y eso me daba rabia pero, en el fondo, también me moría de miedo. Era horrible; no te lo puedo explicar. No es que no lo entenderías; es solo que no se puede explicar. Hay que vivirlo... Y mejor que no lo hayas vivido. Terminé durmiendo en un cajero automático, donde me cagaba de frío todas las noches, y comiendo en la beneficencia. (Breve pausa) ¿Cómo te explicaba que todo nuestro sueño se había ido a la mierda? O que, de repente, siempre fue imposible... porque nos lo inventamos. ¿Cómo te explicaba que allá tampoco había alternativas? ¿Me hubieses creído si te decía que allá era peor? (Breve pausa) Yo era el responsable... Yo te metí la idea de irnos... Pero cuando te convencí, no sabía cómo eran las cosas realmente; solo sabía lo que me habían contado. Y nada era como creíamos. (Breve pausa) No te podía decir eso. Hubiese sido demasiado fuerte. No hubieses soportado la noticia. (Breve pausa) ¿Pero qué me quedaba? ¿Decirte que fueras? ¿Cómo te iba a llamar para que fueras a pasar por eso?

Daisy: ¿Y por qué no me llamaste para contármelo?

Spider: No quería preocuparte... supongo. No sé. Pero imagínate: ¿cómo te iba a llamar para decirte esas cosas?

Daisy: ¿Qué te lo impedía?

Spider: Fue para protegerte.

Daisy: ¿Y crees que no me lastimabas desapareciendo de repente? ¿No pensaste en el daño que me hacías dejándome en medio de la nada? No sabía qué pensar. No sabía si te había pasado algo malo. O si te habías muerto. O si me habías engañado. No entendía por qué me habrías abandonado. Qué podría haber hecho yo para que me dejaras. No era posible que desaparecieras de un día para otro. No me entraba en la cabeza. No había cómo entenderlo. (Breve pausa) Eso también fue horrible.

Spider: ¿Volviste con tus papás?

Daisy: ¿Qué te importa? ¿Qué te importa qué he hecho o he dejado de hacer en estos seis años? ¿Crees que puedes aparecerte como si nada en mi vida después de todo este tiempo y decirme que te preocupas por mí?

Spider: Tienes toda la razón en estar molesta y quizá no deberías perdonarme pero...

Daisy: ¿Y qué hiciste cuando regresaste? ¿Por qué no me llamaste?

Spider: Tenía vergüenza.

Daisy: ¿Te das cuenta? Te la pasas diciendo que hacías todo por mí, pero, en verdad, todo gira en torno de ti. En realidad, todo el tiempo solo piensas en ti. Tú te sentías acomplejado, tú tenías miedo, tú tenías vergüenza... Todo tú. ¿Y yo? Que me pudra, ¿no? ¿Alguna vez pensaste realmente en mí?

Spider: Todos los días.

Daisy: Estás equivocado, Spider Juan. Y ahora déjame salir de aquí que no quiero perder mi vuelo.

Spider: ¿A dónde te vas? (Breve pausa) ¿A Madrid?

Daisy: No, Spider Juan. Madrid es parte del pasado. Madrid pudo ser y no fue. Lo arruinaste.

Spider: Escúchame...

Daisy: Me arruinaste. (Breve pausa) Ahora, déjame pasar, por favor.

Spider: No me has dicho a dónde te vas, Daisy Antoinette.

Daisy: ¿Para qué quieres saberlo?

Spider: No lo sé.

Daisy: Todo el tiempo repites "no lo sé, no lo sé". ¿Hay algo que sepas, Spider Juan?

Spider: Que te he extrañado.

En ese instante, entra al baño Mireia, ofuscada. Ve a Daisy Antoinette y Spider Juan, y malinterpreta la situación.

Mireia: ¿Cómo es posible esto? Sinvergüenzas.

Daisy: Un momento, señorita. No crea...

Spider: No es lo que está pensando, señora. Nos hemos vuelto a encontrar después de seis años y...

Mireia: Degenerados.

Mireia sale.

Mireia en off: No vaya a entrar. Hay un par de pervertidos dentro. (Breve pausa) Lindos zapatos...

Daisy: (Sobreponiéndose) ¿Puedes dejarme salir, por favor? Perderé mi vuelo.

Spider: No me has dicho a dónde te vas.

Daisy: (Piensa rápidamente) A Tokyo.

Spider: ¿A trabajar?

Daisy: Más o menos. A probar suerte mejor dicho.

Spider: ¿Hay algo en lo que te pueda ayudar?

Daisy: No. (Breve pausa) ¿Ahora ya me puedes dejar salir?

Tras una prolongada pausa, Spider Juan, lentamente, como si así pudiera inmovilizar el tiempo, retira el balde y el trapeador que están bloqueando el camino hacia la puerta. Ridículo y derrotado, se hace a un lado. Daisy Antoinette no se mueve. Después de unos momentos, que se prolongan y estiran hasta parecer días enteros, coge sus cosas y se dirige hacia la puerta. Se detiene antes de salir. Permanece inmóvil de espaldas. Larguísima pausa. Se voltea.

Daisy: ¿Qué has hecho en todo este tiempo? ¿Has estado bien?

Spider: Sí. Sí. Bueno, ahí ando. Nada terrible. El regreso fue duro. Ya pasó bastante tiempo de eso, pero aún lo recuerdo. No me atreví a buscarte... pero ya hemos hablado de eso, así que... bueno... dejemos eso ahí, ¿no? Al comienzo, cuando recién volví, me quedé en casa de mi hermana. Trabajé un buen tiempo como cargador de cajones en una funeraria. Te llegas a acostumbrar a los funerales y todo eso. Ya no te da pena. Es raro usar smoking y corbata michi, pero es un uniforme, ¿no? No sé si lo prefiero a este. A veces, me llevaban a provincia. Era un trabajo duro. A veces, acababa el día molido, pero la pasaba bien. Hicimos buen grupo con los otros cargadores. También hacía delivery en un chifa... En bicicleta. Hasta que salió esto de la limpieza. Al principio, me enviaban a sitios distintos cada semana, pero ahora estoy fijo en el aeropuerto. Ya con eso he podido alquilar algo propio.

Daisy: ¿Estás con alguien?

Spider: No. (Breve pausa) ¿Y tú?

Daisy: No.

Spider: ¿Y sigues usando el mismo mail?

Daisy: ¿No me lo piensas pedir?

Spider: ¿Qué? ¿El mail? Pero si justo te estoy preguntando por eso.

Daisy: No seas tonto. (Breve pausa) ¿No tienes pensado pedírmelo?

Spider: Pero es que yo tengo tu antiguo mail, así que si lo sigues usando...

Daisy: Basta. (Breve pausa. En voz más baja) No tenías pensado pedírmelo.

Spider: ¿Pedirte qué? (Breve pausa) ¿Qué? ¿Eso? ¿Acá? Pero... Nooooo.

Daisy: ¿De qué crees que te estoy hablando?

Spider: ¿De qué crees tú que yo creo que estás hablando?

Daisy: ¿Qué?

Spider: ¿Qué se supone que debo de pedirte?

Daisy: Olvídalo.
Spider: No... Eso no vale. ¿Qué se supone que debería pedirte?
Daisy: He dicho que lo olvides.

Pausa. Daisy Antoinette esquiva la mirada de Spider Juan, y se vuelve gris o se hace trizas lentamente.

Spider: ¿Qué? (Breve pausa) ¿Pero es que acaso...? Es decir... ¿Eso es posible? O sea, ¿cambiarías tu decisión si yo te lo pidiera? ¿Yo? Yo, que te dejé abandonada y no te llamé en seis años. ¿Te quedarías por mí?

En ese instante, Jaroslav derriba la puerta del baño y arrolla todo lo que se interpone en su loca carrera hacia el caño. Lo abre, bebe agua desesperadamente y, luego, prácticamente se zambulle en el lavatorio.

Spider: Señor... Espere... No puede entrar... Este es el baño de damas... Y lo estoy limpiando...
Jaroslav: (Enseñando su lengua) Lengua quemada. Café extremely caliente.
Spider: En ese caso, deberá dirigirse a la posta médica... Pero no puede permanecer aquí.

Jaroslav no para de beber agua. Ocasionalmente, hace gárgaras o se enjuaga.

Spider: Señor, debe retirarse, por favor.
Jaroslav: Do you work here? (Breve pausa) ¿Trabaja aquí?
Spider: Sí.
Jaroslav: El máquina de café sirve café demasiado caliente. Debe arreglarlo. Verydangerous. Peligra salud del cliente.
Spider: Señor, yo soy del personal de limpieza. Las máquinas de café son de concesión. Pero puede pedir formularios de sugerencias...
Daisy: Spider Juan...
Spider: Ah, sí, verdad... Señor, no puede estar aquí... Obstaculiza mi trabajo... Si necesita un baño, hay otro al lado.
Jaroslav: Por mí, no preocuparse. Soy discreto.
Daisy: Spider, cómo se atreve. Dile algo.
Spider: Ya no sé qué más decirle.
Jaroslav: No molestarse, lady. Don't worry. Voy saliendo. Debo ir duty free antes de volar. No interrumpo más. Hi five!

Jaroslav levanta el brazo y abre la mano. Spider Juan y Daisy Antoinette, desconcertados y titubeantes, imitan el gesto. Jaroslav los mira esperando que completen el saludo. La pareja permanece con el gesto congelado. Jaroslav se les acerca y les choca las manos. Luego, sale. Silencio.

Spider: No... No deberías.
Daisy: ¿Qué?

Spider: No deberías quedarte.
Daisy: ¿Cómo?
Spider: Así te lo pidiera, no deberías quedarte.
Daisy: Pero es que... Pensé... Soy una tonta.
Spider: No, no eres una tonta. No me estás entendiendo. No te pongas así. El único imbécil aquí he sido siempre yo. Es solo que no puedes condicionar tu decisión a mí.
Daisy: ¿Por qué me haces pasar por esto?
Spider: Debes ir.
Daisy: ¿Por qué?
Spider: Porque ya has pagado tu pasaje.
Daisy: Esa no es una razón.
Spider: Sí es una razón. Puede ser una razón que no te parezca válida pero es una razón.
Daisy: Dame, entonces, una razón que sí sea válida. ¿Por qué debería irme? Dime.
Spider: Porque por algo ya lo habías decidido de esa manera, ¿no?
Daisy: No. No es así. No estoy segura. Nunca lo he estado. Además, ¿qué me espera en Japón?
Spider: Toda una vida.
Daisy: En este instante, mi vida se reduce a dos maletas de 23 kilos.
Spider: Lo importante no es lo que llevas en esas maletas, sino tú.
Daisy: Este plan no tiene futuro.
Spider: Sí lo tiene. ¿Por qué no habría de tenerlo?
Daisy: Mira lo que te ocurrió a ti. ¿Por qué a mí me iría mejor? ¿Quién me asegura que me lograré adaptar? ¿O que conseguiré trabajo? ¿O que no extrañaré demasiado?
Spider: Porque no eres como yo. Tú no te darás por vencido. Y el otro viaje fue hace seis años... Ahora tienes más experiencia y tú eres más inteligente que yo. Y la situación en Japón, de hecho, es mejor que en España. Son una cultura más... No sé... No tendría que estar explicándote cosas que ya deberías saber. (Breve pausa) Somos muy distintos, Daisy Antoinette. Tú eres más fuerte que yo. Te irá bien.
Daisy: No.
Spider: Será lo mejor.
Daisy: No, no es lo mejor. ¿Y nosotros?
Spider: No pienses en eso. Eso no existe. Son ideas que te mete el miedo. Y es lógico que te asuste la situación, pero no te dejes engañar. Luego te arrepentirás. Te estás aferrando a lo que crees seguro, pero debes seguir para adelante. Olvídate de mí. Olvídate de este encuentro.
Daisy: No puedo. No me estoy yendo a Japón. Te mentí. Me voy a Madrid. A buscar trabajo y a buscarte.

Pausa.

Spider: (Sin mirarla) Yo también te mentí. No estoy solo. Estoy casado hace dos años y tengo un hijo. (Breve pausa) Vete de una vez antes de que pierdas tu vuelo.

Pausa. Daisy Antoinette no puede hablar. Es más, si lo intenta, fracasa, porque ha quedado sin aliento o con una espada atravesada en la tráquea. Busca desesperadamente la mirada de Spider Juan. Espera una última palabra suya. Sin embargo, este no desentierra la cabeza. Ella, antes de terminar de hacerse añicos, coge sus cosas y sale del baño. La puerta queda abierta. Spider Juan contiene el llanto. Se lava la cara con ira para no llorar.

Voz en off: Alerta de evacuación. Por razones de seguridad, debido a la presencia de un objeto sospechoso encontrado en la zona de embarque C, se pide a todos los pasajeros y personal del aeropuerto despejar de forma ordenada el área. Por favor, sigan las instrucciones y colaboren en todo momento con los agentes de policía a cargo del operativo. De momento y hasta nuevo aviso, se cancelan todos los vuelos.

Spider Juan detiene su acción. Se paraliza. Duda. Sale corriendo del baño. Breve apagón.

Escena 7

Ayumi ha llegado a la cola del puesto de migraciones. Es la última de una cola infinita. Tras unos instantes, aparece corriendo Marco, que se coloca detrás de ella. Aún agitado, retoma su discursar.

Marco: No era mi intención ponerme trágico hace un momento. A veces, creo que, en el fondo, quisiera que todo salga mal para, así, tener una excusa válida para volverme a ir. Porque si mi regreso resultara un desastre, si yo no encajara aquí por nada, estaría justificado que me fuera otra vez. Sería inobjetable. Pero, ¿y si no es así? ¿Si salgo del aeropuerto y ya no puedoirme nunca más? Qué pasa si, por el contrario, hay muchas cosas por hacer, y proyectos que sacar adelante, o si hay compromisos y responsabilidades que asumir, o si los viejos amigos aún me recuerdan con afecto. ¿Qué pasaría, en ese caso? Ya no habría pretextos impecables parairme. ¿Y qué es lo que quiero yo? (Breve pausa) Creo que no te lo he dicho, pero me fui para ser chef. Estudié un poco acá y me fui para especializarme. Pero las cosas no fueron sencillas. Mis padres imaginan que soy un experto en pintxos y tapas, que preparo una obra de arte sobre un pedacito de pan, o hasta que sé cocina molecular. Y yo no les he dicho que jamás convalidaron mis certificados de estudios y que nunca pasé de ayudante de cocina en un restaurante al lado del Consulado, y que, por tanto, me pasaba los días preparando ollas inmensas de seco con frejoles y caucau. ¿Cómo les explico eso ahora? He venido todo el vuelo leyendo libros de Ferrán Adrià a ver si me memorizo un plato que pueda preparar en mi cena de bienvenida. ¿Cómo enfrento eso? ¿Cómo los miro a los ojos y les cuento qué he

hecho realmente en todos estos años? ¿Y cuando me encuentre con mis amigos, si es que todavía alguno se acuerda de mí? ¿Qué historia me invento? ¿O de qué vamos a hablar? ¿Qué nos queda en común? Ellos deben tener un par de MBA's colgados en sus oficinas y ser directores de un banco y veranear en algún balneario de moda, y yo me la pasaba bien cocinando toneladas de arroz por las mañanas, viendo televisión tumbado en la cama los fines de semana y yendo a algún bar anónimo por las noches. ¿Para qué más? ¿Para qué esforzarse más si con eso basta? Se puede desengrasar platos o pintar fachadas de edificios o pastar vacas y ser feliz... Pero cómo les hago entender eso. Yo, sinceramente, tampoco lo podría entender si no lo hubiera hecho... si yo acá era de los que ni siquiera sabía que la basura hay que sacarla a la calle para que se la lleven. ¿Qué me queda, entonces? ¿Inventar que era el chef ejecutivo en uno de los restaurantes de Santi Santamaría? (Breve pausa) Y lo peor, Ayumi, es que mi vida pudo ser así, o parecida, pero nunca hice nada para lograrlo. Me conformé. Y no busqué hacer nada para cambiar las cosas. Dejé que todo sucediera sin oponer resistencia. ¿Cómo les explico eso ahora? ¿Cómo hago que parezca que toda esta historia tiene algún sentido?

Voz en off: El propietario de una maleta de color naranja dejada en la zona de embarque C, por favor, con carácter de urgencia, acérquese a la puerta número veinte a recogerla [...].

Marco: Y es que yo no sé en qué momento me tragué entero el mito de Ulises. Es más, Ayumi, yo me creía el mismo Ulises, el chico que emprende un viaje a la búsqueda de sí mismo. Y el viaje se prolonga. Pero, al final, llega el momento del regreso. Vuelve a Ítaca, quizá el lugar que irónicamente siempre estuvo buscando, aunque no era capaz de darse cuenta de ello sino hasta que regresa. Y la trayectoria de Ulises demostraba, además, que la experiencia del viaje no termina sino hasta que se regresa a casa. Y yo sentía que debía completar esa aventura. Y tener mi regreso glorioso. (Breve pausa) ¿Y si, de pronto, a Ulises no le diera la gana de volver? ¿Y si se empecinara en no retornar? ¿O si, en realidad, nunca quiso regresar? Nos gusta creer que la historia de Ulises solo adquiere sentido con el retorno y asumimos que su desenlace es feliz. ¿Pero y si fuera, en realidad, una tragedia? ¿Y si su tragedia reside, precisamente, en que, a su pesar, vuelve? ¿O en que, pudiendo no volver, extrañamente, regresa? ¿Y si, en su travesía, no buscaba Ítaca, sino Londres o Berlín o Nueva York? (Breve pausa) ¿Por qué no se va, entonces? ¿Por qué insiste en ingresar a la ciudad? ¿Qué lo fuerza a volver? ¿Qué lo ata realmente a Ítaca? ¿Qué razón que no sea una excusa? ¿Por qué regresa? ¿Para recordar quién era? ¿Por miedo?

En dirección contraria, pasa una familia corriendo alborotada con sus carritos portaequipajes, y numerosos y abultados paquetes. El hijo adolescente va de espaldas grabando toda la experiencia. Su entusiasmo no disminuye a pesar de que es incapaz de sortear todos los obstáculos que salen a su paso. Se estrella estrepitosamente contra Marco. El chico hace hasta lo imposible por evitar que la

cámara, que ha salido por los aires, caiga. Lo consigue a costa de casi provocarse lesiones irreversibles. Desde el suelo, continúa grabando la escena familiar.

Marco: Me gustaría ser turista, ¿sabes? En mi propia ciudad. Mirarla con curiosidad y distancia, y poder decidir, objetivamente, si me gusta o no, y si deseo permanecer o no en ella. Saber que, si no me gusta lo que encuentro, no tengo por qué volver nunca más. Pero existe este vínculo inmaterial y no puedo pensar mi ciudad en esos términos. Y la ciudad que yo recuerdo solo existe en mi memoria. No es real o, en todo caso, no se corresponde con la realidad. Los amigos que le dan sentido ya no existen. O existen, pero ya no son los mismos de mis recuerdos. Como el acordeón. ¿Conoces lo que es un acordeón, Ayumi? (Hace la mímica como si estuviera tocando uno) Acordeón. (Breve pausa) Cuando era adolescente, mi madre se obsesionó con que aprendiera a tocar acordeón. Y, por años, me obligó a tener, tres tardes a la semana, clases de acordeón. Y, a base de disciplina y resentimiento, logré ser un alumno aventajado. No solo interpretaba correctamente las partituras que me daban, sino que incluso pude componer algunas piezas. Hasta que saboté mis ejercicios. Empecé a desafinar a propósito precisamente cuando la profesora sentía que estábamos a punto de conseguir algo importante. La dejaba desolada cada tarde. Era mi ilusa manera de sentirme libre. Y, si alguna vez venía mi madre a ver mis progresos, arruinaba cada nota. Era mi forma de vengarme. No importaba que me pusiera en ridículo; les hacía más daño a ellas que a mí mismo. Afortunadamente, cuando terminé el colegio, mi madre reconoció su derrota. (Pausa breve) Y un día, años después, ya lejos de casa, me volví a encontrar con un acordeón. Estaba ayudando a mudarse a un amigo del trabajo, y, en el armario de su nueva habitación, alguien había dejado olvidado un acordeón. La maldición de este instrumento es generar rechazo. Uno no deja olvidada su batería o su guitarra. Y, para ser sinceros, tampoco te puedes olvidar de tu acordeón; lo castigas abandonándolo en un rincón. (Pausa breve) Interpreté el hallazgo como una oportunidad para reencontrarme con quien alguna vez fui, así que lo cogí sin dudarlo y me acomodé para tocarlo. Pero no podía recordar cómo hacerlo. No podía recordar ninguna melodía. Todo se había ido. Y mis manos tampoco me respondían; no sabían qué hacer con el instrumento. Había un vacío. Mi venganza había sido tan efectiva que había borrado de mí cómo tocar acordeón; ya no podía recordarlo. Precisamente cuando necesitaba recuperar esa parte de mí, cuando necesitaba recordar que pertenecía a algún lugar, aunque ese lugar fuera mi pasado. Todo se había ido. Entonces, desesperado, hice el ridículo una vez más, pero ya no a propósito. Empecé a tocar como sea. Pero con cada intento era peor aún. Fue patético. ¿Te das cuenta, Ayumi? ¿Entiendes? ¿Qué ocurre si salgo de este aeropuerto y mis memorias de esta ciudad horrible y gris, pero que son mis memorias después de todo, ya no están? ¿Qué ocurre si de tanto rechazarla, mi ciudad, de pronto, ha decidido vengarse de mí y ha sustraído mis recuerdos? ¿Y si me han abandonado como yo los abandoné? ¿Qué pasaría si ya no puedo hallarme en sus calles? ¿O si ya no me dicen nada? Porque siempre he tenido claro que no soy de allá, que allá, en el exilio, soy el otro, el extranjero. Y eso era insostenible o, por lo menos, insostenible en el largo plazo: a pesar de las

comodidades, no podía vivir toda mi vida sintiéndome distinto, sintiendo que no termino de encajar, que no tengo vínculos de pertenencia. Quizá por eso estoy aquí de vuelta. Pero, ¿y si ya no me siento parte de acá tampoco? ¿O si este lugar ya no me quiere más? O, peor aún, si le resulto indiferente. No ser de aquí ni de allá. No se puede soportar una existencia así. No puedo vivir perpetuamente en el desarraigo. No se puede ser siempre el otro. ¿Ahora entiendes lo que te quiero decir, Ayumi? ¿Ahora entiendes por qué me aterra salir de este lugar? (Breve pausa) Prefiero la duda.

Para ese momento, ha llegado el turno en que Ayumi debe ser atendida por el agente de migraciones. Ayumi parece no haber entendido nada de lo que Marco ha dicho, pero, a pesar de ello, se siente desgarrada por el relato. Ya no sonríe.

Ayumi: Daijobu. Anataninanigaokottemohidoikoto ni wanarimasen.
Nantokanarimasuyo. Jishin o motte.
Marco: Gracias. Disculpa. Y gracias nuevamente.

Se miran. Ayumi hace una reverencia de despedida. Marco devuelve el gesto. Antes de que den por terminada la despedida, la abraza con fuerza. Se aferra a ella. Ayumi, en un principio, no sabe cómo reaccionar; luego, también lo abraza. Tras ello, pasa al mostrador. Luego de unos instantes, le sellan el pasaporte. Se vuelve hacia Marco. Le vuelve a hacer una reverencia de despedida y se marcha rápidamente.

Agente de migraciones: Siguiente. (Marco no se mueve).Siguiente, por favor.
(Pausa) Señor, pase. (Pausa) Señor, es su turno. (Marco permanece inmóvil).

Voz en off: Alerta de evacuación. Por razones de seguridad, debido a la presencia de un objeto sospechoso encontrado en la zona de embarque C, se pide a todos los pasajeros y personal del aeropuerto abandonar de forma ordenada el área. Por favor, sigan las instrucciones y colaboren en todo momento con los agentes de policía a cargo del operativo. De momento y hasta nuevo aviso, se cancelan todos los vuelos.

Pánico y descontrol en toda la zona. Marco respira aliviado. Breve apagón.

Escena 8

Counter de una aerolínea. Tras el mostrador, una muchacha joven con el uniforme de la compañía aérea impecable y hecho a la medida de su cuerpo. Aparentemente, eso, así como su cabello recogido y el pañuelo que lleva al cuello, la hace sentirse más atractiva e importante de lo que realmente es. Se siente olímpica en su reducida esfera de poder. Cuando se refiere a la gente de "usted" no lo hace como una señal de respeto, sino como una forma de manifestar su supuesta superioridad. En el primer lugar de la fila, con más maletas y bultos de los que normalmente alguien lleva consigo, se encuentra

Cristina, probablemente de la misma edad que la chica del mostrador y embarazada de siete u ocho meses. Disimula mal su ansiedad y euforia por la situación del viaje. A pesar de que ha intentado arreglarse para la ocasión, ha fracasado en dicha empresa: quizá por premura, quizá por inexperiencia, quizá porque su mente está enfocada en asuntos menos frívolos, o porque ya está en otro lugar. Detrás de ella, está esperando un hombre joven, con aspecto de ejecutivo. Viste un traje ceñido y, aunque sobrio, de diseño. Solo lleva consigo un ligero maletín de viaje con rueditas. Va revisando su Blackberry. Casi no presta atención a la situación del aeropuerto en sí misma, aunque es plenamente consciente de ella, tal como lo demuestra su leve impaciencia por el tiempo que le consume realizar este trámite de rutina. Detrás de él, está Freddie Mercury.

Hay algo que contrasta entre Cristina y el resto de personajes. Quizá es que todos se ven demasiado brillantes y ella, gris. O quizá que los demás lucen irreales y ella, real. O quizá es que todos se ven hermosos y ella, real.

Cristina: Pasillo, por favor.

La chica del counter la mira fijamente con fastidio, severidad y reprobación.

Cristina: ¿Podría asignarme un asiento que esté en el pasillo, si fuera tan amable?

Chica del counter: Pasaporte y número de reserva, por favor.

Cristina busca los documentos en el bolso que lleva consigo. Tarda más de lo usual en encontrar lo que necesita. Evidentemente, en el bolso hay demasiadas cosas que obstaculizan su búsqueda y ella se empecina en encontrar los documentos requeridos sin retirar ningún otro objeto del interior del bolso. La chica del counter mantiene la misma actitud. Finalmente, Cristina saca su pasaporte y un papel impreso bastante doblado que entrega a la chica del mostrador. La chica del counter revisa los documentos.

Voz en off: (En segundo plano) Por su propio interés, rogamos mantengan sus pertenencias controladas en todo momento [...].

Chica del counter: Número de reserva, señora Tapia. El papel que me acaba de entregar es el itinerario de su vuelo, no el impreso que le debe haber enviado la aerolínea con su número de reserva.

Cristina: Señorita... Señorita Tapia.

Chica del counter: Número de reserva, señorita Tapia. El papel que me acaba de entregar es el itinerario de su vuelo, no el impreso que le debe haber enviado la aerolínea con su número de reserva.

Cristina: Disculpe. Deme un momento y lo encuentro.

A partir de este momento, notamos que Freddie Mercury ha empezado a cantar en voz muy baja, casi como para sí mismo, "Another One Bites the Dust".

Ocasionalmente y de forma intermitente, siempre en los momentos menos oportunos, puede alzar la voz y soltar algún tono agudo de la misma canción. Cristina, por su parte, se sumerge en su bolso a la búsqueda del documento que le ha sido solicitado. La actitud de la chica del counter se mantiene invariable. El joven ejecutivo levanta un instante su mirada del Blackberry; más que impaciencia, evidencia desagrado. Cristina nota su presencia; lo mira con disimulo; lo encuentro atractivo; se siente horrible; quiere desaparecer. Tras una búsqueda que se ha prolongado más de lo soportable para los que esperan sus resultados, Cristina saca un papel más doblado aún que el anterior y totalmente mojado. Se lo extiende a la chica del mostrador, quien no lo coge.

Cristina: Se me ha derramado la colonia. Lo siento. Llevo un frasco por si me da náuseas en el vuelo.

La chica del mostrador se coloca unos guantes de cirujano de algún color intenso (puede ser lila o turquesa) y coge ahora sí el papel que le extiende Cristina.

Chica del counter: Señorita Tapia, ¿sabe que existe una normativa muy estricta con respecto al transporte de líquidos en el equipaje de mano?

Cristina: (Miente) Sí.

Chica del counter: (Extendiéndole un folleto informativo) Lea esto, por favor, señorita Tapia. Creo que le será de utilidad.

Cristina: Gracias.

Chica del counter: Me dijo que quería un asiento que dé al pasillo, ¿verdad?

Cristina: Sí, si fuera tan amable... Lo que ocurre es que temo que me dé claustrofobia en un ambiente tan cerrado... O que, de pronto, sienta que me falta el aire... (Tratando de que el joven ejecutivo no escuche) O, bueno, la verdad es que también voy frecuentemente al baño y no quisiera incomodar...

Chica del counter: (Devolviéndole el papel mojado) Ya está. Tome esto. (Breve pausa) ¿Tiene equipaje para facturar? Ya puede colocarlo sobre la balanza.

Cristina duda un instante. Se vuelve hacia el joven ejecutivo. Este sigue escribiendo algo en su Blackberry. Sin embargo, con el giro, el fuerte olor del papel mojado de colonia se esparce y, evidentemente, lo perturba. Sin dejar de escribir en su pequeño teclado, hace un gesto que evidencia su fastidio e irritación por el olor.

Cristina: Disculpe, señor... A lo mejor...

El joven ejecutivo estornuda con fuerza descomunal. El estornudo es tan fuerte que lo sacude totalmente y lo lanza unos pasos hacia atrás. A partir de este momento, el joven ejecutivo será asaltado, súbitamente, por exagerados ataques de estornudos que lo sacudirán íntegramente. En realidad, casi tendrá convulsiones propiciadas por sus hiperbólicos estornudos.

Cristina: Perdone. Quizá...

Voz en off: (En segundo plano) Pasajeros del vuelo KL 2673 con destino a Amsterdam, embarquen por la puerta número seis. To all passengers of the flight KL 2673 to Amsterdam, please board by the gate number six.

El joven ejecutivo la sigue ignorando o, a lo sumo, la mira con reprobación y fastidio. Cristina mira a Freddie Mercury, que sigue cantando en voz baja, pero no se atreve a preguntarle nada. Resignada y apurada, procede a subir sus maletas a la balanza. No le resulta sencillo. Se acalora. Quisiera que todo este momento termine pronto.

Chica del counter: Señorita Tapia, su equipaje excede el peso que le está permitido llevar en clase turista.

Cristina: (Desconcertada) No entiendo.

Chica del counter: Existe un peso máximo permitido que puede transportar de forma gratuita de acuerdo al tipo de boleto que haya adquirido.

Cristina: No. Eso sí lo sé. No entiendo cómo puedo haberme pasado. Lo pesé antes de venir.

Chica del counter: Tiene 12 kilos de exceso de equipaje.

Cristina: (Confundida) No puede ser.

Chica del counter: Puede mirarlo en la balanza.

Cristina: Debe haber un error.

Chica del counter: Tiene dos alternativas, señorita Tapia: puede pagar por el sobrepeso o puede retirar el exceso de equipaje de sus maletas.

Cristina no responde.

Chica del counter: Señorita Tapia. ¿Entiende lo que le estoy explicando? (Breve pausa) Señorita Tapia, ¿me está escuchando?

Cristina: Sí... Es solo que ahora mismo no tengo... liquidez... para realizar ese gasto.

Chica del counter: Puede pagarlo con una tarjeta de crédito.

Cristina: (En voz baja) Las he cancelado.

Chica del counter: ¿Cómo dice?

Cristina: ¿No hay forma de que pueda hacer una excepción?

Chica del counter: Si no está dispuesta a pagar por el exceso de equipaje, tendrá que sacar cosas de sus maletas.

Cristina: Por favor.

Chica del counter: ¿Qué decide, señorita Tapia?

Cristina: ¿Está segura de que no puede hacer una excepción solo por esta vez? (Mira disimuladamente al joven ejecutivo) Nadie se dará cuenta. Yo no se lo contaré a nadie nunca. Se lo prometo.

Chica del counter: Ya tomó una decisión, señorita Tapia.

Cristina: (Vuelve a mirar al joven ejecutivo) ¿No cree que, dado que el señor apenas lleva una maleta, yo pueda disponer de los kilos que no está usando?

Chica del counter: Señorita Tapia, así no funcionan las cosas en esta aerolínea. Puede revisar sus derechos y obligaciones en nuestra página web, donde encontrará, además, información precisa sobre nuestra política de equipaje, nuestros nuevos destinos y las últimas promociones para viajar esta temporada.
Cristina: A usted, no la perjudica en nada. Debe haber un margen de carga extra que pueden llevar en el avión sin que se caiga. Póngase en mi lugar.

La chica del counter sale de su mostrador y se para al lado de Cristina.

Chica del counter: Nada parece haber cambiado. Sigue teniendo sobrepeso.

La chica del counter regresa a su puesto detrás del mostrador.

Cristina: No puedo. No puedo dejar nada aquí. Necesito llevar todas esas cosas conmigo.

Chica del counter: Creo que no me he dejado entender, señorita Tapia.

Cristina: Claro que entiendo lo que me propone. Pero no se puede. No es posible. Todo lo que tengo en mis maletas es imprescindible.

Chica del counter: Estoy seguro de que no es así, señorita Tapia. Todos los pasajeros piensan de la misma manera, pero siempre llevan cosas absolutamente prescindibles.

Cristina: Puede que sea así en otros casos, pero yo no llevo conmigo nada que sea accesorio. Cargo en estas maletas todo lo que necesito para... para...

Joven ejecutivo: (Estornudando) ¿Para qué, señorita Tapia? ¿Para reinventarse? ¿Para empezar una nueva vida? Por favor, no nos haga perder más tiempo: abra las maletas y tire algunas cosas al contenedor.

Cristina: ¿Qué insinúa, señor? ¿Por qué asume que cargo tonterías en mis maletas? ¿Qué le hace pensar que mi equipaje carece de valor?

Joven ejecutivo: ¿Por qué cree?

Cristina: (Mirando al suelo) No me hable así.

Chica del counter: No tiene que asumir una actitud tan melodramática, señorita Tapia. Quizá puede distribuir algunas de esas cosas en el equipaje de su acompañante.

Cristina: Viajo sola.

Chica del counter: A lo mejor, entonces, se las puede dejar encargadas a algún familiar para que se las envíe más adelante por carga o por correo.

Cristina: No tengo ningún familiar ya en esta ciudad.

Chica del counter: Señorita Tapia, me temo, entonces, que tendrá que retirar cosas de sus maletas. (Breve pausa) Señorita Tapia, por favor, está obstaculizando al resto de pasajeros. Tenga la amabilidad de hacerse a un lado.

Voz en off: (En segundo plano) [...] Last call. To all passengers of the flight LH 1956 to Munich, please board by the gate number twenty two.

Cristina, impotente, furiosa, casi en lágrimas, se arrodilla y abre sus maletas. El joven ejecutivo continúa con sus ataques de estornudos. Alguno de estos brutales

estornudos debe contracturarlo o desgarrarle la espalda. Freddie Mercury continúa cantando en voz baja.

Chica del counter: Señorita Tapia, acá no. Vaya a un lado, por favor. Está estorbando. Señorita Tapia, le he dicho que aquí no.

Joven ejecutivo: (Estornudando) Basta. Por favor, señorita, dígame algo. No puede ponerse a revisar sus maletas delante de todos. Tiene que pedirle que se retire inmediatamente. Esto es una desconsideración absoluta. Es inaceptable.

Chica del counter: Señorita Tapia, debo pedirle que se retire a un costado.

Cristina: (Sin dejar de revisar sus maletas) No puedo perder el vuelo.

Chica del counter: No perderá el vuelo. Pero es necesario que se haga a un lado y deje al resto de pasajeros seguir avanzando y proseguir con sus trámites.

Cuando termine de retirar su equipaje sobrante, no es necesario que vuelva a hacer la fila. Podrá pasar directamente al mostrador. (Breve pausa) Señorita Tapia, por favor, necesito que me preste atención. (Breve pausa) Señorita Tapia, tiene que hacerme caso o me verá obligada a retirarla de una manera menos cordial. (Breve pausa) Señorita Tapia, perdón, qué es eso que tiene envuelto en papel periódico en medio de sus pertenencias. Por casualidad, ¿es queso? ¿Es queso lo que transporta ahí? Señorita Tapia, ¿es queso?

Joven ejecutivo: (Estornudando y contracturado) No puede ser. Solo faltaba algo así. ¿Cómo es posible que lleve queso en su maleta? ¿Acaso el queso califica como imprescindible?

Chica del counter: Señorita Tapia, no está permitido transportar productos perecibles de origen animal ni sus derivados. Tengo que pedirle que retire ese paquete de queso de su equipaje así como cualquier otro producto que reúna características similares.

La chica del counter coge un teléfono que hay en el mostrador, marca un número y dice en voz baja "Código 6" o una frase equivalente. Casi al instante, aparecen los agentes de seguridad, imponentes, inmensos, con trajes impecables, lentes de sol, auriculares en las orejas y un enorme rottweiler.

Agente 1: [Texto ininteligible](Breve pausa)[Texto ininteligible]

Chica del counter: Señorita Tapia, el agente le está hablando. ¿No piensa responder sus preguntas?

Cristina: (Desconcertada) ¿Qué? (Breve pausa) No entiendo.

Chica del counter: ¿Se encuentra bien, señorita Tapia?

Agente 1: [Texto ininteligible]

Cristina: ¿Qué? Lo siento... (Preocupada) No entiendo.

Chica del counter: Señorita Tapia, por favor. Esto es serio. El agente le está hablando.

Cristina: Créame que me gustaría colaborar con el agente, pero no entiendo lo que me está diciendo.

Joven ejecutivo: Por favor, señorita Tapia. No nos salga ahora con esta clase de ridiculeces. Ya ha superado el límite de lo tolerable hace mucho.

Cristina: Pero es que...

Joven ejecutivo: Entréguele su pasaporte.

Chica del counter: Entréguele su pasaporte.

Agente 1: [Texto ininteligible] (Recibe un mensaje también ininteligible por su radio)

Cristina duda. Finalmente, le entrega el pasaporte al Agente 1. Este lo revisa, dice unas frases ininteligibles por radio y se lo da al Agente 2.

Agente 1: [Texto ininteligible]

Cristina: ¿Qué?

Joven ejecutivo: Ya basta.

Agente 2: Señorita Tapia, será necesario realizar una inspección de su equipaje. No hay nada de qué preocuparse. Es casi un trámite de rutina en estos casos. ¿Me puede acompañar?

Cristina: No. No puedo perder el vuelo.

Chica del counter: Cuanto más pronto acceda a los requerimientos de los agentes, más pronto estará en la sala de embarque. Por favor, vaya con ellos.

Cristina: No, no me muevo de aquí. Si quieren revisar mi equipaje, háganlo aquí mismo. Quiero que haya testigos de este acto de abuso y prepotencia.

Chica del counter: Señorita Tapia, está creando una situación bastante incómoda y poco agradable para el resto de pasajeros. Haga el favor de tranquilizarse y acompañe a los agentes.

Cristina: No. He dicho que no. Si van a inspeccionar mis maletas, háganlo delante de toda esta gente.

Agente 1: [Texto ininteligible]

Voz en off: (En segundo plano) El propietario de una maleta de color naranja dejada en la zona de embarque C, por favor, acérquese a la puerta número veinte a recogerla. The owner of an orange suitcase [...].

El Agente 2 se va de la escena con el pasaporte de Cristina. El Agente 1 coge las maletas de Cristina, las coloca en el mostrador vacío que está al lado, las abre sin ninguna delicadeza y empieza a revisar todo el contenido. Cada objeto o pieza de ropa es olfateado por el rottweiler.

Cristina: ¿Pero qué hacen? ¿Adónde se lleva mi pasaporte? ¿Y qué tiene que hacer ese perro en todo esto? Por favor, detengan esto. Es humillante.

Chica del counter: Señorita Tapia, el agente se lo acaba de explicar hace un instante. No se quiera hacer ahora la desentendida.

Cristina: Yo no entiendo nada. (Breve pausa) Por favor, tenga cuidado con mis cosas.

Chica del counter: Ahora sí, señorita Tapia, tenga la amabilidad de hacerse a un lado para poder proseguir con el proceso de checkin del resto de pasajeros.

Cuando el agente termine con su equipaje, puede volver a pasar por este mostrador.

Cristina: ¿Y mi pasaporte? ¿A dónde voy a ir sin mi pasaporte?

Chica del counter: Hágase a un lado de una vez por todas.

Antes de que Cristina se decida a retirarse hacia un costado, prácticamente es atropellada por el joven ejecutivo, visiblemente contracturado y con gesto de repulsión absoluta por toda la situación que se ha generado. Si para este momento Freddie Mercury ya ha terminado de cantar en voz baja "Another One Bites the Dust" o ya la ha cantado más de una vez, puede cantar, siempre casi como para sí, "Killer Queen".

Chica del counter: (Exageradamente amable y casi coqueta) ¿En qué le puedo ayudar, señor?

Joven ejecutivo: Necesito quedarme en Lima.

Chica del counter: ¿Por qué?... Quiero decir... Señor, está en Lima.

Joven ejecutivo: Sí, eso ya lo sé, pero quiero quedarme en Lima.

Chica del counter: ¿Y qué se lo impide, caballero? En todo caso, ¿hay algo que pueda hacer por usted que lo ayude a permanecer en Lima?

Joven ejecutivo: Mire. Vengo desde Ámsterdam. Mi destino final es Lima. Pero mi vuelo no era directo, sino que tenía que hacer una escala en San Pablo. Sin embargo, por mal tiempo en Brasil, nos desviaron a Lima. Ahora, en cerca de tres horas, nos llevarán a San Pablo, con escala en Santiago de Chile, para luego traernos al destino final, que es Lima. (Breve pausa) No sé si me dejó entender. Vivo en Lima. Mi auto está estacionado en el parking del aeropuerto. Solo tengo que cruzar esa puerta, subirme a mi auto e irme a mi casa. No tengo ninguna necesidad de ir a Brasil para volver a Lima. Ya he soportado un viaje de quince horas desde Ámsterdam. ¿Por qué tendría ahora que aguantar alrededor de diez horas más de vuelo a San Pablo, con una escala de no sé cuánto tiempo en Santiago de Chile, para luego pasar otras cinco horas o más hasta regresar de nuevo a Lima? ¿Por qué habría de soportar todo ese martirio? Deme una razón. Deme una razón válida para tener que pasar por todo eso. Exijo que saquen mis maletas del avión en este instante y me las entreguen para poder irme a casa.

Chica del counter: Le ruego que se calme, señor.

Joven ejecutivo: No me pida que me tranquilice. No se atreva. He tenido que soportar todo el espectáculo de la señorita Tapia, además de su incompetencia para controlar la situación. Debería plantear una queja formal por todo este cúmulo de hechos lamentables. Es más, incluso debería demandarlos porque, por su culpa, me he desgarrado la espalda.

Chica del counter: Es cierto que no hemos llevado la situación de la mejor manera, pero estoy segura de que podemos encontrar una solución a tantos impases.

Joven ejecutivo: Lo único que me interesa ahora mismo es que me devuelvan mis maletas.

Chica del counter: Temo que eso no depende de mí, señor.

Joven ejecutivo: ¿Cómo?

Chica del counter: Déjeme llamar al supervisor para comentarle del caso.

Joven ejecutivo: Esto es increíble. No puede estar sucediendo.

Chica del counter: Señor, tiene que tener un poco de paciencia. Lo solucionaremos y, de ser el caso, lo compensaremos, pero hay protocolos establecidos para cada caso.

Para ese instante, el Agente 1 y su enorme rottweiler han terminado de inspeccionar el equipaje de Cristina. Con extrema dificultad, sentándose encima de las maletas o colocando al perro sobre estas, ha conseguido cerrarlas. En una bolsa aparte, ha separado una serie de productos cuyo transporte está prohibido.

Agente 1: [Texto ininteligible]

Joven ejecutivo: Disculpe, agente, pero la señorita me está atendiendo en este momento.

Agente 1: [Texto ininteligible]

Joven ejecutivo: No me queda claro por qué su caso tiene prioridad pero no voy a discutir con usted.

Agente 1: [Texto ininteligible]

Chica del counter: Señorita Tapia, ¿qué espera?

Cristina: ¿Me hablan a mí?

Chica del counter: No empecemos otra vez. Vuelva a colocar sus maletas en la balanza.

Cristina: Pero han quitado cosas y yo no lo he autorizado.

Chica del counter: Son cosas que, de todos modos, no puede transportar. Son objetos prohibidos. Han quedado decomisados.

El Agente 1 coloca las maletas sobre la balanza.

Chica del counter: Aún tiene algo de sobrepeso, pero se lo voy a pasar por alto porque tenemos que cerrar el mostrador pronto y empezar el embarque.

Cristina: ¿Pero y las cosas que el agente ha retirado de la maleta? Son mías. Y las necesito.

Chica del counter: ¿Tiene equipaje de mano?

Cristina: Sí, esta mochila. Pero, ¿y el resto de mis cosas?

Chica del counter: ¿Puede ponerla sobre la balanza, por favor?

Cristina: ¿También?

Chica del counter: Se ve un tanto pesada. Debo verificar que no excede el límite de peso permitido.

Cristina: Se excederá.

Chica del counter: ¿Cómo dice?

Cristina: Se excederá. He dicho que se excederá. Definitivamente pesa más de los ridículos kilos que permiten transportar como equipaje de mano en clase turista.

Chica del counter: En ese caso, señorita Tapia, tendrá que facturarla y enviarla a bodega.

Cristina: No.

Chica del counter: Señorita Tapia, estoy hablando en serio.

Cristina: Y yo también hablo muy en serio y me niego.

Chica del counter: Señorita Tapia, estamos mal de tiempo. Ni siquiera debería permitirle llevar esa mochila en bodega, así que déjese de engreimientos y colabore.

Cristina: No me despegaré de esta mochila.

Chica del counter: ¿Qué lleva en ella? ¿Es algo frágil? No se preocupe. Estará segura en la bodega del avión.

Cristina: No pienso decirle qué llevo en la mochila. He dicho que no me despegaré de ella. No es un asunto negociable.

Chica del counter: Para empezar, la tendremos que pasar por los rayos X.

Cristina: Nadie tocará esta mochila.

Chica del counter: Entonces, no subirá al avión.

Cristina: Eso es imposible. Debo tomar ese vuelo. Me esperan.

Chica del counter: Señorita Tapia, aquí no se hará lo que a usted le dé la gana. A ver si, de una vez por todas, empezamos a entendernos. Hay reglas que seguir. Y creo haber sido suficientemente clara: o acepta la oferta que le estoy haciendo de facturar la mochila o no sube al avión.

Joven ejecutivo: Por favor, no vuelva a caer en su juego. Que se encargue el agente de seguridad.

Cristina: Quiero mi pasaporte de vuelta. Y quiero que me devuelvan lo que han sacado de mis maletas sin mi consentimiento, y que saquen cualquier cosa que hayan introducido en mi equipaje sin que me haya percatado para incriminarme de delitos que no he cometido. Y quiero que quede absolutamente claro que subiré a ese avión y que lo haré con esta mochila en la espalda.

Mercury: ¿Por qué no puede ser más agradable, señorita Tapia? No digamos más atractiva, pero al menos sí un poco más simpática por lo menos. (Breve pausa) ¿Qué lleva en esa mochila? ¿Los cuchillos para cortar los doce kilos de queso que le ha quitado la policía? ¿O una bomba líquida? ¿O acaso lleva a una criatura? Porque una vez, una mujer, más desagradable que usted, porque esta sí era prepotente y más fea aún, se negaba a mostrar su pasaporte y a hablar en una lengua que no fuera su dialecto, y exigía cruzar la frontera en su ruinoso auto porque debía llevar a su hija al aeropuerto más cercano. Sin embargo, en ninguna parte del vehículo había una niña. Únicamente, en el asiento delantero, había dos bolsas de plástico negras. Y, por extraño que parezca, no solo nadie en el puesto de vigilancia le preguntó por qué su hija estaría dentro de las bolsas, sino que, y esto es lo realmente extraño, nadie le preguntó, a pesar de que era una pregunta bastante obvia, por qué una niña estaría dentro de dos bolsas de plástico negras en lugar de estar solo en una. (Breve pausa) Ahora... Este, evidentemente, no es su caso, ¿verdad, señorita Tapia? Y, además, eso pasaba en una obra de teatro, y ese definitivamente no es su caso, ¿verdad, señorita Tapia?

Regresa el Agente 2 con el pasaporte de Cristina. Murmura algo al oído del Agente 1.

Agente 1: [Texto ininteligible]

Cristina: ¿Qué ha dicho esta vez?

Joven ejecutivo: Creo que ya no tendrá que preocuparse más por sus maletas, señorita Tapia.

Cristina: ¿De qué está hablando?

Agente 1: [Texto ininteligible]

Chica del counter: [Texto ininteligible]

Cristina: Hablen claro, por favor.

Voz en off: El propietario de una maleta de color naranja dejada en la zona de embarque C... (El texto se vuelve ininteligible).

Joven ejecutivo: [Texto ininteligible]

Agente 1: [Texto ininteligible]

Agente 2: Señorita Tapia, sin duda se trata de una coincidencia poco feliz.

Hemos encontrado que hay una tal Cristina Tapia que tiene una orden de captura internacional. Sin embargo, lo más probable es que simplemente se trate de un problema de homonimia, que no tardaremos en despejar. No obstante, lamento comunicarle que nos tomará más tiempo del que falta para que despegue su vuelo, por lo que tendrá que permanecer en la ciudad esta noche. Podrá tomar el vuelo que sale a su mismo destino mañana al mediodía.

Cristina: Eso es imposible. No me puedo quedar una noche más en esta ciudad. No tengo nada que hacer aquí. No tengo nada aquí. Déjenme partir, por favor.

Chica del counter: [Texto ininteligible]

Agente 2: Me temo que esa no es una alternativa dable.

Agente 1: [Texto ininteligible]

Cristina: Quédese con todo mi equipaje si quiere, pero déjeme viajar, por favor. Solo permítame llevar la mochila conmigo. No volverá a saber de mí.

Joven ejecutivo: [Texto ininteligible]

Agente 2: No hace falta que permanezca en el aeropuerto, señorita Tapia.

Puede pasar la noche en su casa.

Cristina: No tengo casa.

Agente 2: Bueno, en casa de un familiar.

Cristina: No tengo familiares.

Agente 2: En ese caso, puede reservar una habitación en un hotel.

Cristina: No dispongo de dinero para esa clase de gastos.

Agente 2: Bueno, señorita Tapia, esas son las alternativas que tiene. Sea cual sea la que elija, puede pasar mañana por la mañana a recoger su pasaporte y, eventualmente, si se comprueba que usted no es la Cristina Tapia con orden de captura internacional, podrá abordar su avión.

El Agente 2 continúa hablando pero su texto se torna gradualmente ininteligible. El resto de personajes interviene también, de forma aleatoria y desordenada, con textos incompresibles. De pronto, para cuando Cristina ha podido reaccionar a la sentencia del Agente 2, la chica del counter ha cerrado ya su mostrador y se ha marchado, lo mismo que el resto de personajes, con excepción de Freddie Mercury, que ha permanecido en silencio. De pronto, por un costado, entra Jaroslav tocando en su bajo "Crazy Little Thing Called Love". Freddie Mercury se quita la chaqueta amarilla con motivos de uniforme militar que lleva puesta, y se

queda con un pantalón de buzo blanco con rayas rojas a los lados y una ajustadísima camiseta blanca de manga cero. Empieza a cantar la canción con todo el histrionismo que lo inmortalizó. Por otro costado del escenario, ingresa el resto de la banda de Jaroslav: los Leningrad Cowboys en pleno. En breves instantes, vuelve al escenario el resto de personajes que han participado de la escena y empiezan a bailar una sofisticada y ensayadísima coreografía del mencionado tema de Queen. En este baile, deben participar todos los personajes que hayan aparecido en otras escenas de la obra.

Finalizado el número musical, todos los personajes, salvo Cristina, desaparecen del escenario.

Voz en off: Alerta de evacuación. Por razones de seguridad, debido a la presencia de un objeto sospechoso encontrado en la zona de embarque C, se pide a todos los pasajeros y personal del aeropuerto despejar de forma ordenada el área. Por favor, sigan las instrucciones y colaboren en todo momento con los agentes de policía a cargo del operativo. De momento y hasta nuevo aviso, se cancelan todos los vuelos.

Cristina permanece inmóvil e incrédula en medio del caos general del aeropuerto. Tras unos instantes, furiosa, lanza con fuerza su mochila al suelo. Un charco de sangre se forma a su alrededor. Breve apagón.

Epílogo

Sala de espera de un aeropuerto. Ocupando el espacio de manera desordenada, se encuentra una familia bastante numerosa. Algunos de sus integrantes están sentados en las bancas, otros están echados en el piso, otros deambulan por el lugar, etc. Lo importante es que nadie está quieto o sin hacer nada, sino que su presencia genera un efecto de desorden y alboroto, como consecuencia de la incontenible emoción por la situación del viaje. Sus también numerosas maletas y aparatosos paquetes, entre los cuales puede haber un equipo de esquí o un enorme lienzo envuelto en telas para protegerlo, están dispersos por toda el área. Uno de los miembros de la familia, quizá el hijo adolescente, va grabando con una videocámara toda la experiencia. De pronto, deciden tomarse una fotografía para inmortalizar el instante. El hijo que manipula la cámara la coloca en un improvisado trípode y conecta el disparador automático. Todos posan con ridícula alegría y congelan el gesto, lo cual torna más ridícula aún su alegría. Sin embargo, la torpeza del muchacho o su desconocimiento del manual de instrucciones tienen como resultado que la fotografía no se logre tomar. Se percatan de ello cuando ya los músculos de sus rostros tiemblan acalambrados por la prolongada sonrisa que han pretendido mantener durante todo este tiempo. Vuelven a intentarlo y fracasan nuevamente. Realizan un tercer intento.

Voz en off: Última llamada. Pasajeros del vuelo IB 3759 con destino a Barcelona, por favor, abordar por la puerta número siete. Last call. Passengers of the flight IB 3759 to Barcelona, please, board by the gate number seven.

En ese instante, se desata el caos absoluto entre la familia. Se dispara la cámara y la fotografía captura ese momento. Torpemente se reúnen y cogen de forma atropellada sus cosas. Las ponen como sea en los carritos portaequipajes y salen corriendo. El hijo adolescente, que no ha dejado de registrar en su cámara toda la situación, se va caminando de espaldas para no interrumpir en ningún momento su grabación. Su entusiasmo no disminuye a pesar de que es incapaz de sortear todos los obstáculos que salen a su paso y debe hacer malabares para no tropezar.

Dejan olvidada una maleta de color naranja. El escenario queda vacío y en absoluta calma con la maleta de color naranja al centro. La imagen permanece congelada un tiempo.

Apagón.

Gino Luque Bedregal. Correo electrónico: gino_luque@hotmail.com

Todos los derechos reservados
Buenos Aires. 2012.

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar